

# ENTREVISTAS



DORYS RUEDA

## **Entrevistas**

Edición: Dorys Rueda

ISBN: 978-9907-0-0080-1

Derechos de la autora: QUI-069209

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de su autora.

A mi esposo, cuyo apoyo incondicional ha sido mi mayor fuente de fortaleza y motivación en cada etapa de este proyecto.

A mis hermanos, Miguel Ángel y Soraya, que han sido el motor que me ha impulsado a seguir adelante con pasión y entrega.

A mis queridas sobrinas, María José, Ivonne y Sory, que han sido una fuente constante de alegría y luz en mi vida.

## CONTENIDO

CONTENIDO.....	4
PRÓLOGO .....	1
EL CAMARÓGRAFO Y EL ESCRITOR.....	2
RUBÉN DARÍO BUITRÓN .....	9
PACO VINIACHY.....	14
FRANKLIN RAYMUNDO MORA .....	21
MÓNICA BARBA .....	29
JORGE VALDOSPINS RUBIO .....	34
ISABEL MOREANO.....	40
FERNANDO LARREA ESTRADA .....	45
HÉCTOR ARTURO CISNEROS AYALA.....	50
JOSÉ ALMEIDA RODRÍGUEZ.....	57
LUCRECIA MALDONADO.....	65
LUIS FERNANDO REVELO .....	72
CARLOS VALENCIA .....	81
PADRE HENRY RODRÍGUEZ .....	90
RESEÑA DE LA AUTORA.....	97

## PRÓLOGO

Hay libros que nacen de la imaginación y hay libros que nacen del encuentro. Este pertenece a los segundos.

Cada entrevista recogida en estas páginas es una ventana abierta a la vida de quienes han dejado huella en la cultura, la política, el arte, la docencia y la gestión social de nuestro país. No son simples conversaciones: son memorias vivas, confesiones íntimas y retratos de época que, al unirse, forman un mosaico diverso y profundamente humano.

En estas páginas aparecen camarógrafos que dieron forma a la memoria visual del Ecuador, escritores que han hecho del lenguaje su oficio y su refugio, artistas que transformaron la materia en belleza, gestores que levantaron instituciones culturales, periodistas que han narrado las luces y sombras de nuestro tiempo, y hombres y mujeres que han entregado su vida a causas sociales, espirituales o comunitarias. Cada uno comparte no solo lo que ha hecho, sino lo que ha sido, revelando la fuerza secreta que sostiene sus trayectorias: la pasión, la disciplina, la curiosidad, el compromiso.

El lector descubrirá que, más allá de los logros y reconocimientos, hay en todos los entrevistados un denominador común: la capacidad de abrirse al otro, de compartir experiencias con generosidad y de dejar un legado que no se mide en cifras, sino en huellas.

Este libro es, entonces, un espacio de memoria y de afecto. Un testimonio coral que nos recuerda que el Ecuador se construye con múltiples voces y que escucharlas es también una manera de reconocernos a nosotros mismos.

Invito al lector a recorrer estas páginas sin prisa, como quien camina por un corredor lleno de retratos que se iluminan al contacto de la mirada. Que cada entrevista sea leída no solo con la mente, sino con la sensibilidad que despiertan las historias auténticas, porque ellas —en su sencillez y en su grandeza— son las que nos sostienen en el tiempo.

**Dorys Rueda**

## EL CAMARÓGRAFO Y EL ESCRITOR

### DOS GRANDES AMIGOS



**L**a tarde caía lentamente sobre la bulliciosa ciudad de Quito, tiñendo el cielo con tonalidades doradas y anaranjadas mientras me dirigía hacia una pequeña casa ubicada en el pintoresco barrio de La Magdalena, en el sur de la ciudad. Mis pasos resonaban sobre las estrechas calles adoquinadas, impregnadas del aroma de las comidas callejeras y del murmullo constante de la vida urbana. A medida que avanzaba, sentía una creciente emoción ante la perspectiva de la entrevista con Héctor Aníbal Cisneros, uno de los pioneros del cine ecuatoriano.

Él fue un visionario y talentoso camarógrafo que dejó una huella imborrable en la historia de la imagen informativa del país. Durante la década de los setenta, su lente capturó la esencia de Ecuador, proyectando sus imágenes en todos los cines del país. A través de la pantalla, acercó a los ecuatorianos a su propia realidad, documentando no solo los hechos del momento, sino también reflejando una época de profundos cambios y desafíos. Su trabajo se convirtió en un testimonio visual invaluable del país de aquellos tiempos.

Toqué el timbre con delicadeza. No pasó mucho tiempo antes de que la puerta se abriera lentamente, revelando la figura de un hombre alto con una amplia y cálida sonrisa. Frente a mí estaba don Héctor Aníbal Cisneros. A sus 85 años, aún conservaba una presencia imponente. Su cabello, ya plateado por los años, caía suavemente sobre su frente y su mirada serena, cargada de historias, parecía contemplar el pasado y el presente con igual claridad.



Al cruzar el umbral de su hogar, me presentó a Mery, su esposa, una mujer gentil que me recibió con una sonrisa acogedora y me invitó a pasar a la sala. El ambiente que me rodeaba era cálido y familiar, con una atmósfera que hacía sentir a cualquiera como en casa. El aroma del café recién hecho se mezclaba con el suave murmullo de una melodía antigua, que se filtraba desde algún rincón de la casa, envolviendo la estancia en una sensación de nostalgia y serenidad. Cada detalle, desde los muebles de madera oscura hasta las fotografías enmarcadas en las paredes, hablaba de una vida llena de momentos compartidos y memorias preciadas.

Se sentó frente a mí y con una sonrisa me dijo: "Veo que le agrada el café. Le contaré algo... Las motivaciones son impulsos profundos que pueden llevarnos a realizar acciones que, en un principio, parecen inalcanzables o fuera de lo común. Un libro, una melodía, una conversación o incluso una

simple remembranza tienen el poder de despertar en nosotros la necesidad de explorar nuevos caminos y emprender actos que nunca habríamos imaginado. Fue precisamente uno de esos impulsos el que marcó mi vida en la juventud, revelándome la pasión por la fotografía y la imagen".

Todo comenzó en el año 1956, un año que Héctor Aníbal recuerda como uno de los más desafiantes de su vida. En ese momento, se encontraba en una situación desesperada: había perdido su empleo y no lograba encontrar la manera de mantener a su esposa e hijos. La presión de ser el sostén de su familia se hacía cada vez más agobiante y cada día que pasaba sin una fuente de ingresos aumentaba su ansiedad. Con el peso del mundo sobre sus hombros, decidió recurrir a sus amigos en busca de alguna oportunidad, esperando que alguien pudiera ofrecerle un trabajo.

Fue entonces cuando su amigo, el periodista Hugo Galindo, le habló de una vacante como mensajero en la Feria de la Unidad Nacional. Para Héctor Aníbal, la naturaleza del puesto no importaba; lo esencial era encontrar una manera de proteger y amparar a su familia en esos tiempos difíciles. Sin dudar, se dirigió a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, donde se encontraba la oficina.

Al llegar, fue recibido por su amigo Hugo Galindo, quien lo llevó a la oficina de don Demetrio Aguilera Malta, un personaje que resonaba con fuerza en los círculos intelectuales de la época. No era solo un escritor de renombre; también estaba incursionando en el mundo de la cinematografía.

La impresión que Héctor Aníbal tuvo de Aguilera Malta quedó grabada en su memoria para siempre: "Era un hombre simpático, agradable y gentil. Un verdadero caballero en todos los sentidos de la palabra". A medida que hablaba, su voz se llenaba de calidez y al mencionar al escritor, sus ojos se iluminaban con una mezcla de admiración y gratitud: "Desde el primer momento, don Demetrio se mostró como alguien diferente, una persona que irradiaba calidez humana y que, a pesar de su estatura intelectual, se acercaba a los demás con humildad y respeto".

Aún recuerda lo que Aguilera Malta le respondió cuando mencionó que había llegado por el empleo de mensajero. Con una sonrisa en los labios, le dijo: "Usted no será mi mensajero, sino mi edecán". Esas palabras, aunque sencillas, tuvieron un impacto significativo en Héctor Aníbal. Fue en ese momento que comenzó una relación de trabajo que pronto se

transformaría en una amistad memorable, llena de enseñanzas, experiencias compartidas y un vínculo que iría más allá de lo profesional.

Cuando la Feria terminó, el escritor le preguntó a Héctor Aníbal, si alguna vez había manejado una cámara. Él, con recelo, le respondió que no, porque nunca podría adquirir un equipo por su alto costo. Aguilera Malta le contestó que le parecía un buen comienzo y con tono afable le entregó el instructivo de una cámara fotográfica para que lo leyera y estudiara con detenimiento. Luego, de manera cordial sentenció: “Después de la lectura le entregaré su primera cámara para que la maneje correctamente”.

Héctor Aníbal aceptó muy contento la sugerencia y en un par de días tomaba las primeras fotos que le había pedido el escritor. Cuando el joven las reveló y le entregó, Aguilera Malta le dijo muy emocionado: “Joven, le felicito. Usted tiene vocación para la fotografía. En este momento le contrato como fotógrafo de mi empresa”.



Héctor Aníbal Cisneros con Demetrio Aguilera Malta

El escritor le entregó todo su conocimiento y experiencia, para que progresivamente fuera aprendiendo el oficio de la fotografía. Más adelante, lo convirtió en camarógrafo, cuando Aguilera Malta montó una oficina para producir el noticiero cinematográfico que se proyectaría en las salas de cine del país. Hector Aníbal, con su equipo de filmación, empezó a realizar

reportajes de lo que acontecía al interior del Ecuador, en lo social, cultural, deportivo, económico y político.

A la par del noticiero, le invitó a trabajar en su primer largometraje: “La cadena infinita” que al final resultó un fracaso económico.

Más adelante, el escritor le involucró en un proyecto muy interesante para la época. Se trataba de un documental sobre todos los presidentes de América. Héctor Aníbal comenzó la filmación con Camilo Ponce Enríquez, pero cuando el escritor viajó a Colombia y reveló el material, se percató que habían saboteado el equipo. Entonces, el proyecto quedó trunco y el joven camarógrafo se quedó sin trabajo.

Aunque ya no laboraba con Aguilera Malta, su amistad con él nunca terminó, siempre estuvieron en contacto. Con felicidad recuerda cómo en cierta ocasión le llamó para que fuera a su oficina, que quedaba en la calle Mejía, entre Venezuela y García Moreno, para presentarle a un amigo suyo que estaba de paso por el país. Acudió con rapidez a la cita y así fue cómo conoció al escritor colombiano Gabriel García Márquez.

Cuando el escritor se ausentaba del país, le escribía. Héctor Aníbal extrae unas hojas de una carpeta y me lee una carta que le mandó el escritor, desde Bogotá. Está escrita a máquina, con fecha 23 de julio de 1958: “Querido Héctor: Me refiero a su atenta carta del 6 del presente, que he recibido con un poco de retraso. Velia corresponde sus saludos, lo mismo que yo y los hacemos extensivos a todos los suyos. Le agradezco cuanto me cuenta de mis asuntos en esa ciudad y estoy seguro de que la impresión que usted me da es la justa. Ojalá, cuando termine la película que voy a empezar a filmar en los próximos días, pueda ir a Quito, para ver qué puedo hacer con las últimas cosas aún pendientes. Le agradezco mucho por su atención al respecto. Ojalá mis asuntos de aquí caminen y, entonces, tal vez me sea posible contar con la lealtad y la amistad de un hombre tan cabal como usted. No solo los malvados y traidores deben triunfar en la vida. En mi próxima carta, le pediré el favor de ayudarme a solucionar el problema de mis libros y otros. Quiero ver qué es lo mejor, para avisarle. Muchas gracias por todo y espero sus noticias. Le ruego no perder contacto conmigo”.



Héctor Aníbal, se pone muy triste al recordar la muerte del escritor: “Sentí una inmensa tristeza por mi amigo quien siempre fue generoso conmigo. Compartía sus conocimientos técnicos y los enfoques nuevos y creativos para capturar la esencia de cada historia con profundidad y sensibilidad.

Pero también, me transmitía su filosofía de vida y sus consejos tan certeros para los reportajes. Lecciones que no solo marcaron un punto de inflexión en mi carrera profesional como artista de la imagen en movimiento, sino que dejaron una huella indeleble en mi crecimiento personal como ser humano, como amigo”. Con un suspiro profundo concluye: “Don Demetrio no solo iluminaba el camino del arte y la literatura, sino también los senderos de quienes tuvimos la suerte de conocerlo en este viaje por la vida”.

Hoy le queda su precioso legado: todas las conversaciones que mantuvieron, aquellos proyectos que no se llevaron a cabo, las cartas que el escritor le envió desde distintos países, la máquina de escribir que le dejó y los libros que le obsequió y autografió.

Al finalizar el encuentro, antes de despedirnos, me contó una anécdota muy interesante. Había sido invitado por el presidente Roldós a cubrir cinematográficamente su visita a Loja, el 24 de mayo de 1981. Pero un día antes, el 23 de mayo, le llamaron notificándole que no podía viajar porque ya no había cupo. Como todos sabemos, el presidente Roldós falleció la tarde del domingo 24, al estrellarse el avión en que

viajaba. Héctor Aníbal exclamó: "Me salvé de morir en ese trágico accidente, aún no llegaba mi hora".

Héctor Aníbal Cisneros falleció el 21 de febrero de 2021.

## RUBÉN DARÍO BUITRÓN

TODA MI VIDA HE ESCRITO PORQUE TODA MI VIDA HE LEÍDO



**L**a emoción era palpable mientras me preparaba para entrevistar a Rubén Darío Buitrón, un referente indiscutible de la literatura ecuatoriana contemporánea, nacido en Quito en 1966. La expectativa aumentaba al ser consciente de que estaba a punto de conversar con un hombre que no solo ha ganado tres prestigiosos premios nacionales de periodismo, sino que también es el director general de *Notimercio* y del portal periodístico y literario *loscronistas.org*. Este encuentro prometía ser una oportunidad única para profundizar en la mente de un autor que ha dejado una huella significativa tanto en el periodismo como en la literatura.

La entrevista se concretó gracias a la insistente demanda de los lectores ecuatorianos del portal *elmundodelareflexión.com*, quienes ansiaban conocer más sobre el autor. Los comentarios en la plataforma sobre sus poemas eran reveladores. Expresaban que sus textos los transportaban a un torbellino de emociones intensas y variadas, que iban desde la alegría, el amor y la dicha, hasta la tristeza, el desconsuelo y la soledad. También destacaban el tono irreverente y audaz de sus textos. Muchos de sus poemas cuestionaban los convencionalismos, desafiaban las normas

sociales y se atrevían a abordar temas tabúes con una franqueza que pocos se atreven a emplear. Asimismo, sus lectores apreciaban su habilidad para jugar con el lenguaje de manera magistral, creando poemas que, a primera vista, podían parecer simples, pero que revelaban capas de significado a medida que se releían. Esta riqueza de interpretaciones permitía que cada lector encontrara en sus palabras un reflejo de sus propias experiencias, lo que generaba una relación única y personal con cada texto poético.

Ahora me encontraba frente al poeta, quien se sentía a gusto con su taza de café en la mano. Al encender la grabadora, él la observó con curiosidad y, con una sonrisa juguetona, bromeó preguntándome si sabía cómo usarla, dado que era una digital de última generación. Le respondí con confianza: "Claro que sí", devolviéndole la sonrisa. Sin embargo, no pude evitar que viniera a mi mente el recuerdo de mi antigua grabadora de cassette, compañera fiel en tantas entrevistas a lo largo de los años, que recientemente había dejado de funcionar.

Le pregunté sobre sus inicios como escritor y su pasión se hizo evidente. Con un brillo en los ojos, dejó la taza de café a un lado y comenzó a contarme cómo la escritura se convirtió en una extensión natural de su amor por la lectura: "Escribo desde los 4 años, desde que aprendí a leer. No me refiero solo a poner palabras en papel, sino a expresar con la imaginación lo que veía, sentía y me impactaba. Toda mi vida he escrito porque toda mi vida he leído", afirmó con convicción. Luego recordó los poemas de Neruda y Benedetti, sus lecturas de infancia, que ingenuamente en ese momento catalogó como poesía porque era lo único que conocía. Con el tiempo, al leer a los grandes escritores de la literatura y ahondar en el manejo de la estructura poética, comprendió que esa literatura era "ligera", cursi, demasiado fácil por su enfoque poco profundo y significativo.

Su autodescubrimiento comenzó en la adolescencia, una etapa en la que su amor por la lectura se intensificó de manera casi obsesiva. Comenzó a devorar los libros que más lo cautivaban, descubriendo autores y estilos que lo desafiaban y enriquecían su visión del mundo.



Fue en esa época cuando desarrolló un ritual muy personal: escribir extractos de los textos que más lo conmovían en pequeños papeles, que luego guardaba cuidadosamente en una cajita. Estos fragmentos se convirtieron en una especie de amuleto literario, al que recurría a diario como si fuera un ritual sagrado. Cada lectura era una reafirmación de su pasión por la escritura y una manera de mantener viva la llama de su creatividad. Este hábito no solo alimentó su espíritu, sino que también le permitió entender, de manera íntima y profunda, la conexión entre la lectura y la escritura, y cómo ambas son inseparables en su vida.

Le pregunté si estaba de acuerdo con rotular los poemas según sus temas o enfoques, porque hoy se habla de poesía de amor, de poesía política, de poesía social, de poesía filosófica, entre otras categorías.

Su tono afable y cordial se tornó formal. Entrecruzó sus manos y con rapidez me respondió: “En absoluto, yo no escribo sobre algo puntual, sino sobre lo que siento. Puedo escribir sobre una canción que escucho en el celular en este momento, sobre el amor de una pareja que veo mientras camino o sobre un crimen del que lamentablemente soy testigo. Escribo lo que siento, escribo lo que necesito decir, lo que necesito expresar. Un buen texto literario trasciende estas categorías, porque a menudo los escritores incorporamos múltiples temas y emociones en una sola obra. Por ejemplo,

podemos entrelazar al amor con cuestiones sociales o describir emociones personales y subjetivas con temas de relevancia política”.

Rubén Darío Buitrón ha escrito 13 libros en distintos géneros. Su último libro de poesía, publicada en el 2023, se titula: “Dicen que mis demonios son inofensivos”. Le pregunto si estas 13 publicaciones recogen todo lo que ha escrito. Me responde que no: “He escrito mucho, pero no he publicado todo lo que he escrito. No puedo entregar al lector cualquier producto mediocre y mal elaborado porque en la literatura debe existir un convenio tácito de dignidad entre el poeta y el lector. Hay dos etapas en el proceso de creación: una es la reflexión y otra es cuando el poeta vierte sus sentidos y sentimientos. Pero el trabajo previo a estas dos fases es el verdaderamente literario, donde el escritor trabaja idea por idea, palabra por palabra, sílaba por sílaba, oración por oración. No me siento satisfecho nunca con lo que escribo, aunque ahora me siento más yo, con una libertad absoluta para escribir para decir las cosas que antes no sabía cómo decir. Ahora sé exactamente lo que quiero decir, cómo hacerlo, con qué fin y en qué momento. Escribir es como la vida misma; es un proceso, un camino largo donde hay caídas, tropiezos y fracasos”.

Le pregunto si el poeta ha influido en su labor como periodista o si, por el contrario, es el periodista quien ha moldeado su poesía. Su respuesta es contundente y profunda: ambas cosas: “Ahora hago un periodismo poético que no es convencional, que se aleja de lo que muchos consideran el periodismo tradicional. Mi escritura, ya sea como periodista o como poeta, emerge desde lo más profundo de mi ser, desde mis sentidos y emociones. Escribo con total libertad, sin ataduras ni prejuicios, con el propósito de tocar las fibras más íntimas del lector. Este enfoque me ha permitido no solo ser mejor escritor, sino mejor ser humano. Por eso, no dudo en romper las reglas. Lo hago constantemente. Por ejemplo, en lugar de seguir la norma de redactar editoriales en tercera persona, prefiero escribir en primera persona, desde mi propia perspectiva, porque creo que eso aporta una autenticidad y una conexión más directa con quien me lee”.

Antes de finalizar la entrevista, le planteo la idea de organizar un taller de poesía para jóvenes lectores que están comenzando a explorar el mundo poético y buscan un espacio donde puedan compartir su trabajo con él. La propuesta lo llena de entusiasmo, y me confiesa que la docencia es una de sus grandes pasiones. Lleva más de una década dirigiendo talleres de poesía

con jóvenes, una labor que considera no solo educativa, sino también profundamente transformadora. En cada sesión, los estudiantes mejoran, pulen y construyen sus producciones, mientras él, como escritor, fortalece su propia comprensión de la poesía. Este espacio es más que un simple taller; es un lugar de encuentro y colaboración, donde las voces jóvenes encuentran eco y apoyo entre sus compañeros, y donde el maestro se enriquece con las creaciones frescas y originales de los nuevos poetas.

Al finalizar nuestra conversación, el escritor se despide con estas palabras: “Me gusta mucho trabajar con quienes recién se inician en poesía y crónica. Hacerlo es sembrar el amor por la escritura y al mismo tiempo reforzar la lectura, dos habilidades que van de la mano”.

Mientras camino de regreso a casa, con el bullicio de la ciudad y el sol de mediodía proyectándose en mí, no puedo dejar de pensar en las últimas palabras de Rubén Darío Buitrón. Su reflexión sobre la conexión indisoluble entre escritura y lectura sigue resonando en mi mente. Para él, escribir es una consecuencia natural de leer, un acto en el que cada libro devorado se convierte en una fuente inagotable de inspiración para sus propios textos. Comprendo que esta simbiosis ha sido el núcleo de su vida creativa, un ciclo en el que ambas prácticas se alimentan mutuamente. Además, es el legado que desea transmitir a las nuevas generaciones: la certeza de que leer y escribir son dos caras de la misma moneda, habilidades que se enriquecen y se fortalecen juntas.

## PACO VINIACHY

### EL ARTE COMO FORMA DE VIDA



**D**esde hace mucho tiempo, una pregunta rondaba mi mente: ¿quién era Paco Viniachy? Este nombre resonaba con admiración entre quienes valoraban el arte y la creatividad en Otavalo y en el Ecuador.

Su vida y obra parecían estar envueltas en un aura de genialidad y misterio, características que lo distinguían como uno de los talentos artísticos de su tiempo. Su legado no solo se había limitado a su ciudad natal; se había desempeñado como director de arte en dos de los principales diarios del Ecuador: *El Comercio* en Quito y *Expreso* en Guayaquil.

Descubrir más sobre este extraordinario otavaleño se convirtió en una inquietud personal. ¿Qué lo inspiraba? ¿Qué historias habían forjado su camino? ¿Cómo logró un joven, nacido en una tierra conocida por su riqueza cultural y artesanal, destacar en un ámbito tan competitivo como el arte en los principales medios de comunicación nacionales? Estas preguntas despertaron en mí el deseo de conocerlo más de cerca y así nació la decisión de entrevistarlo.

Con la dirección en mano, emprendí mi viaje en auto hacia el barrio "Las Orquídeas", sector de Monjas, en la ciudad de Quito, para conocer a Francisco Vinicio Viniachy Gutiérrez, conocido cariñosamente como "Paco" Viniachy, nacido en Otavalo en 1947.

Me habían contado que en su residencia existía un jardín único, donde se exhibían esculturas creadas con materiales reciclados. Estas obras no solo destacaban por su creatividad, sino también por su interacción con la naturaleza, ya que se movían armoniosamente al compás de la dirección y la intensidad del viento.

Al llegar, Paco ya me esperaba frente a su casa. Con una sonrisa cálida y acogedora, me dio la bienvenida e inmediatamente me invitó a pasar. Al cruzar el umbral y entrar en la sala, me encontré con un espacio que irradiaba comodidad, cuidadosamente diseñado para ser agradable e inspirador.

Entre las muchas obras de arte que colgaban de las paredes, una ocupaba un lugar de honor. Era el retrato de una mujer que dominaba el ambiente con una serenidad y elegancia inigualables. Cada línea y sombra en el rostro reflejaba el talento y la dedicación de Paco. No era solo una representación visual, sino una declaración de amor y admiración hacia su esposa, a la que había perdido cuatro años atrás.

"Era una gran mujer", dijo el artista con un suspiro lleno de nostalgia. Sus ojos se nublaron y su voz tembló ligeramente al recordar el mensaje de cumpleaños que ella le había dejado poco antes de fallecer: "Hoy, mi Dios, deseo darte gracias por darme a mi amado Paqui como el compañero de vida, por tenerlo siempre a mi lado, por darles a mis hijos un padre lleno de amor y entrega generosa, y el mejor abuelito a mis amados nietos. Te amo por siempre, mi pintor favorito.

"¿Cómo nació su pasión por el arte?", le pregunto al hombre que había llegado a ser docente en la Universidad Católica de Guayaquil y en la Universidad Central de Quito. Mientras aguardaba su respuesta, mis ojos se posaron en una imponente escultura: un gigantesco candado de hierro que colgaba de una de las paredes. La pieza, con detalles intrincados y una llave monumental, exudaba dedicación y esmero. Paco, al notar mi interés, sonrió con orgullo y comentó: "Es una de mis obras".

No pude evitar acercarme para apreciar más de cerca la habilidad y precisión que irradiaba aquel candado. Cada curva y ornamento parecía narrar una historia, reflejando no solo su destreza artística, sino también una profunda pasión por la creación. Fascinada, me quedé en silencio por unos instantes, hasta que Paco, con esa calidez que lo caracteriza, rompió el momento contemplativo con una invitación sencilla pero irresistible: "Es el momento de servirnos un delicioso café".



Mientras tomábamos el café recién hecho, Paco recordaba su juventud y cómo su padre no quería verle en casa sin hacer nada: “Estaba desesperado porque había intentado de todo conmigo y no había logrado que terminara el colegio. Me puso a trabajar en la famosa imprenta de don Daniel Antonio Guzmán en Otavalo, donde trabajaban mis tíos. Allí contaba hojas y ponía colores con tinta especial en las fotos de blanco y negro que se vendían en la ciudad como *souvenirs*. Descubrí mi talento, por lo que decidí irme a estudiar al Instituto Superior Tecnológico de Artes Daniel Reyes, en San Antonio de Ibarra”.

Tomó un respiro y continuó: “Mi padre accedió de buena gana, pero no me ofreció su apoyo económico. Me dijo que tendría que mantenerme con mi propio trabajo. Como era maestro y director, me prometió mandarme a todas las personas que necesitaran material didáctico para sus clases. Fue

lo mejor que me pudo pasar. Trabajaba día y noche en mi pequeña habitación, rodeado de pinceles, pinturas y cartulinas. Con precisión y creatividad, dibujaba letras perfectas y elaborados diseños. A veces dormía poco, pero ganaba bastante dinero en esa época. ¡Imagínese!, hacía todos los carteles del Normal Superior de San Pablo”.

Paco me relató que, en una ocasión, el rector del instituto lo llamó con urgencia a su oficina. Sin tener idea del motivo, acudió de inmediato al rectorado. Al llegar, lo miró fijamente y le dijo: “Así que tú eres el famoso Paco. Mañana mismo quiero verte aquí con tu padre.” Intrigado, regresó al día siguiente acompañado de su progenitor. En esa reunión, el rector se dirigió a su padre con tono serio pero entusiasta: “Su hijo Paco es un excelente dibujante y tiene un gran futuro. Quise que lo supiera”.



Ese reconocimiento no solo marcó un momento importante en la vida de Paco, sino que también reforzó su compromiso con el arte. Tiempo después, se graduó como el segundo mejor egresado de su promoción, detrás de Paco Salvador, quien ocupó el primer puesto. Ambos compartieron más que un nombre y logros académicos, ya que juntos formaron un grupo de danza en el instituto, una experiencia que fortaleció su amistad. Hasta el día de hoy, mantienen una relación cercana y fraterna.

En Quito, Paco comenzó su carrera en "*Ideas Internacional*," una agencia de publicidad que le ofreció un contrato de un año. Sin embargo, solo

permaneció siete meses, ya que pronto surgió una nueva oportunidad laboral. "Dios siempre ha estado conmigo. Soy testigo de las maravillas que Él ha hecho en mi vida," afirma con gratitud.

Ese día, al salir de la oficina, un vocero le ofreció un ejemplar de *El Comercio*. Lo abrió y fue directo a la sección de avisos clasificados, que abarcaba unas siete páginas. En uno de los anuncios solicitaban un dibujante publicitario en la calle Chile. Sin pensarlo dos veces, tomó su carpeta y se dirigió al lugar. Al llegar, se llenó de paciencia al ver una larga fila de aspirantes esperando su turno.

Mientras esperaba, divisó a un hombre elegante que se le aproximaba. Estaba vestido con un impecable terno azul y una llamativa corbata roja. Era Gustavo Cáceres Rueda, el reconocido pintor otavaleño que trabajaba en *El Comercio*. Fue él quien le ayudó a ingresar a este medio de comunicación y le presentó al gerente de publicidad, don Marcelo Landívar Mantilla, un hombre imponente, alto y corpulento.

Los ojos de Paco brillan de alegría al recordar el momento en que don Marcelo le preguntó si venía de "*Ideas Internacional*". Al responder afirmativamente, el gerente soltó con ironía: "¡Qué internacional va a ser esa agencia! ¿Cuánto estás ganando?" Paco, que en realidad recibía unos 700 sucres, un salario aceptable para la época, respondió sin titubear: "Mil sucres".

Sin pensarlo mucho, don Marcelo se giró hacia Gustavo y le dijo: "Lleva al dibujante a la oficina de doña Cristina, en el departamento de personal, para que lo pongan en nómina con un sueldo de mil quinientos sucres. Era casi el doble de lo que ganaba en Ideas Internacional".

Con una amplia sonrisa Paco manifiesta: "Allí trabajé durante 23 años. Fui dibujante, ilustrador de los suplementos dominicales y de la revista *La Pandilla*, jefe de diseño y diagramación, y director de arte. Pero lo más importante es que allí conocí al amor de mi vida, mi esposa Rosa Elena, quien trabajaba en el departamento de enfermería de la planta, bajo la dirección del Dr. José Tome".

Cuenta que un día fue a la enfermería para que le curaran las rodillas lastimadas, consecuencia de un partido de fútbol. Salió una joven vestida totalmente de blanco, pretenciosa como ella sola, y le pidió que se bajara el pantalón para inyectarle. Él, como era atleta, le ofreció su brazo, sin darle

chance de que viera algo más que el antebrazo. “De aquí en adelante le llamaré Elenita,” le dijo Paco. Ella le contestó: “Yo le llamaré Paqui, pero no se haga ilusiones conmigo porque tengo un enamorado alemán”.

A partir de ese momento, Paco aprovechaba cualquier excusa para visitar la enfermería, ansioso por encontrarse con ella en cada oportunidad. En el transcurso de esas frecuentes visitas, no solo fortaleció su conexión con Rosa Elena, sino que también descubrió su pasión por la lectura. Entre las publicaciones que capturaban el interés de la joven estaban las páginas de *Vistazo* y *Selecciones*, así como otros textos que despertaban su curiosidad y alimentaban su deseo de conocimiento.

Un día, durante un evento en homenaje al personal de enfermería, Paco decidió sorprenderla con un gesto especial: una acuarela que representaba la calle donde ella vivía. El detalle la conmovió profundamente y en ese instante le confesó que estaría dispuesta a dejar al alemán con quien tenía una relación, siempre y cuando él abandonara sus travesuras en Otavalo, Quito, San Antonio e Ibarra y se comprometiera a estar solo con ella. Paco aceptó sin dudar.

Se casaron el 14 de febrero, día de los enamorados, una fecha que simbolizaba perfectamente su amor. Su unión duró 48 años, durante los cuales compartieron una vida llena de complicidad, cariño y respeto mutuo.

En este momento, Paco me invitó a conocer su taller, un espacio amplio y luminoso, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural. Las paredes estaban adornadas con bocetos y pinturas en diferentes etapas de desarrollo, cada una contando su propia historia. En una esquina, había una mesa de trabajo cubierta de herramientas, pinceles y tubos de pintura, organizados de una manera que solo el artista entendía. "Aquí es donde me siento libre para crear sin límites," reveló Paco, mientras me mostraba algunas de sus obras más recientes. "Para mí, este taller no es solo un lugar de trabajo, es una extensión de mí mismo. Aquí es donde realmente soy yo", concluyó con una sonrisa.

Antes de terminar la entrevista, Paco me obsequió uno de sus cuadros, una obra que no solo reflejaba su talento excepcional, sino también la profundidad de su alma creativa. Fue un gesto cargado de simbolismo, una muestra de generosidad que hasta hoy me conmueve. Al sostener esa pieza

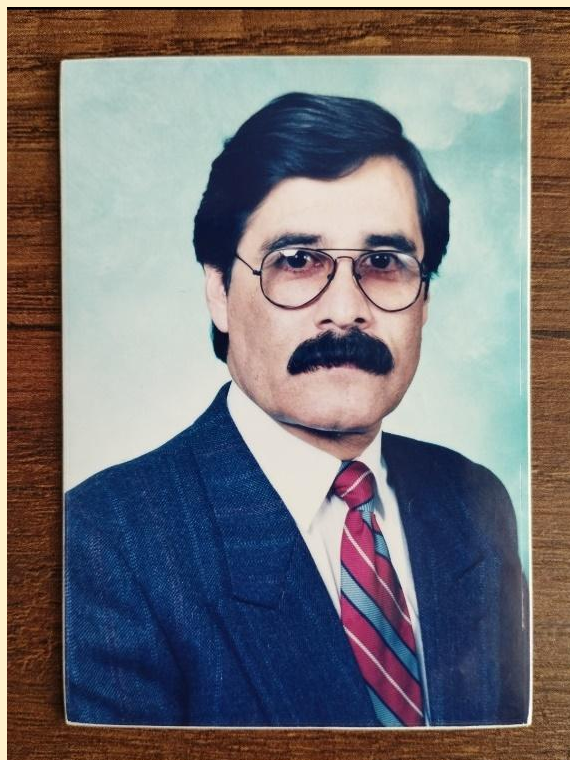
entre mis manos, sentí que no solo estaba recibiendo un regalo, sino un fragmento de su visión del mundo.

Luego, con una calidez que reflejaba su autenticidad, me abrazó y, antes de despedirse, me miró a los ojos como si quisiera asegurarse de que sus palabras quedaran grabadas en mi memoria: “El verdadero éxito no se mide en reconocimiento o en fama, sino en la capacidad de crear desde el corazón y vivir con pasión.” Esas palabras, pronunciadas con una convicción serena, cerraron nuestra conversación.

Mientras me alejaba, no solo llevaba conmigo la obra de arte que me había regalado, sino también una profunda sensación de gratitud y una lección invaluable. Paco Viniachy no era simplemente un artista; era un maestro de vida que había logrado equilibrar con maestría el talento, la pasión y la humildad. En su presencia, comprendí que el verdadero arte trasciende lo estético: no solo embellece el mundo, sino que transforma profundamente a quienes lo crean y a quienes tienen el privilegio de contemplarlo.

## FRANKLIN RAYMUNDO MORA

### UN LEGADO DE CREATIVIDAD Y ENSEÑANZA



**M**e dirigía a Otavalo, en la provincia de Imbabura, en Ecuador, con un propósito muy especial: entrevistar a Franklin Raymundo Mora, un destacado retratista, caricaturista y, esencialmente artista plástico, cuya trayectoria había trascendido tanto a nivel nacional como internacional. Aunque no lo conocía personalmente, su nombre era sinónimo de excelencia en el arte. La oportunidad de compartir con él y conocer de cerca su vida y su obra era, sin duda, una de esas ocasiones que marcan un antes y un después.

A lo largo de los años, había oído hablar de su increíble habilidad para capturar la esencia humana en sus pinturas, una destreza que lo había colocado en la vanguardia del arte ecuatoriano. La obra de Mora era tan diversa como su vasta experiencia. Su pintura abarcaba desde la denuncia social hasta la representación de costumbres y personajes, sin olvidar la innumerable cantidad de retratos que surgieron gracias a su excepcional talento. No solo se había destacado en el ámbito artístico, sino que su

vocación como docente había dejado una huella profunda en las generaciones de estudiantes que tuvieron el privilegio de aprender de él. Había sido profesor en diversos colegios y universidades, entre ellos el Colegio Otavalo, el Nelson Torres de Cayambe y el Alemán de Quito, además de la Universidad Técnica del Norte de Ibarra, la Universidad Autónoma de Quito, la Tecnológica Israel de Quito y la Universidad San Francisco de Quito.

Los reconocimientos que había recibido a lo largo de su carrera, como las medallas Chicapán, Pedro Moncayo y Pílanquí al Mérito Cultural, eran un testimonio palpable de su influencia y legado. Y así, con todos estos antecedentes, me sentía llena de emoción y expectativa por la oportunidad de aprender de un hombre cuyo trabajo y dedicación al arte y a la cultura habían enriquecido no solo a Otavalo, sino también al Ecuador entero.

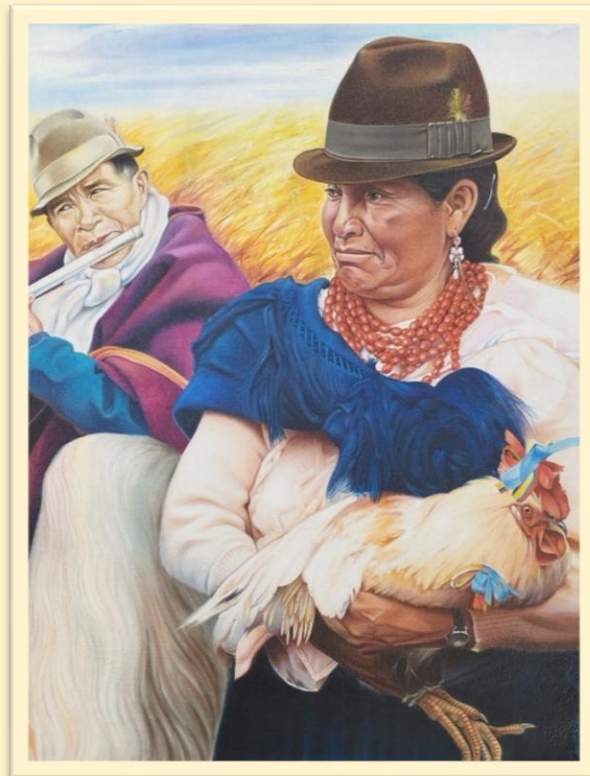
Llegué a su casa y al abrir la puerta, el profesor Mora, un hombre gentil con una sonrisa cálida y acogedora, me invitó a pasar. Su amabilidad y el brillo en sus ojos me hicieron sentir instantáneamente bienvenida. Al cruzar el umbral de su hogar, tuve la sensación de que estaba visitando a un viejo amigo, como si ya nos conociéramos de toda la vida. La atmósfera tranquila y familiar que se respiraba me dio la impresión de que esta reunión no era algo extraordinario, sino simplemente una más de esas que compartimos con personas cercanas y queridas, donde el tiempo parece detenerse.

Antes de comenzar la entrevista, con gesto amable, me sugirió recorrer su casa. Acepté encantada y mientras caminaba por la sala, sentí una curiosidad creciente por lo que descubriría. Al subir los escalones que nos llevaban a la planta alta, no podía evitar dejarme envolver por todo lo que veía a mi alrededor. Cada detalle, cada espacio, parecía contar una historia propia, una historia impregnada de arte y pasión. La casa era, en efecto, como un museo íntimo, un lugar donde la creatividad no solo se manifestaba en las paredes, sino en cada rincón, en cada objeto que hablaba de la vida y la obra del profesor Mora.

Los cuadros que colgaban en las paredes no eran simples pinturas; eran reflejos de su maestría y de su profunda conexión con el entorno que lo había formado. Cada obra parecía capturar no solo la esencia de quienes eran los personajes retratados, sino también la cultura, las tradiciones y la historia de la región que lo había inspirado. Los colores vibrantes, las composiciones cuidadosas y las miradas profundas de los sujetos parecían

transmitir una energía única, como si las pinturas pudieran hablar por sí solas, contando historias de la tierra que ambos compartíamos.

Caminé despacio, admirando los detalles y absorbiendo todo el significado que cada obra contenía, maravillada por cómo la pasión por el arte se había entrelazado con cada aspecto de su vida, creando un espacio que no solo era su hogar, sino también su legado, un testimonio tangible de su dedicación y amor por la cultura y el arte.



¿Cuándo comenzó en la pintura?, le pregunté, ansiosa por conocer los inicios de su trayectoria artística. Su respuesta fue rápida y directa: “Creo que fui marcado por ese destino llamado habilidad, desde el mismo momento en que estaba en el vientre de mi madre. Mi pasión por el arte corre por mis venas desde antes de que pudiera siquiera sostener un pincel. Es como si mi alma hubiera nacido con la necesidad de expresarse a través del color y las formas”.

Luego, con un tono nostálgico, continuó: “En la escuela 'José Martí', en Otavalo, comenzaron mis primeros pasos. Mientras otros niños se distraían o jugaban, yo me sumergía en el mundo del dibujo. Para mí, cada trazo en el papel era una forma de descubrir algo nuevo, de dar vida a mis

pensamientos y mi entorno. Siempre sentí que el lápiz o el pincel eran extensiones de mí mismo, que mi creatividad no podía ser contenida”.

Su voz se tornó suave y luego de una pausa, continuó: “Cuando terminé la primaria, me sentí muy triste, porque sabía que mis padres no podrían costear mis estudios secundarios. La situación económica de la familia me pesaba y no veía un camino claro hacia lo que más deseaba: seguir formándome como artista”. Su voz se quebró por unos segundos, como si las palabras no pudieran expresar todo lo que sentía. Cerró los ojos brevemente y en ese silencio pude percibir la intensidad de sus recuerdos. Luego continuó: “No pasó mucho tiempo hasta que un día alguien golpeó la puerta de nuestra casa. Al abrir, me encontré con el director de la escuela José Martí, don Jaime Burbano Alomía, y con el padre Rosero, párroco de San Luis. El sacerdote, con su habitual tono serio pero amable, me dijo que avisara a mi mamá Rosita y a mi papá, porque querían hablar con ellos”.

Cuando sus padres llegaron, el director, con una sonrisa que reflejaba su determinación, les preguntó qué habían decidido respecto a los estudios de su hijo. La madre, con una expresión de preocupación, respondió que no habían tomado ninguna decisión, porque la situación económica de la familia no les permitía costear sus estudios. Don Jaime, sin perder la calma, le contestó con gran alegría: “No se preocupe por su educación. He hablado con el padre Rosero y juntos hemos realizado todas las gestiones necesarias para que pueda estudiar en el prestigioso colegio de Artes Daniel Reyes”. La noticia fue recibida como un rayo de esperanza, y el director, con firmeza, agregó: “Él se va para allá, porque se va, no hay más que hablar”.

Con esa afirmación, el destino de Raymundo Mora parecía sellado. Así fue cómo, de una forma casi milagrosa, logró entrar a estudiar en esa institución, un lugar que le abriría las puertas del conocimiento y le permitiría desarrollar su talento. La intervención de aquellos dos hombres, quienes vieron en él un potencial que su familia no podía ver por las limitaciones económicas, marcó un antes y un después en su vida. Ese gesto de generosidad y compromiso con la educación se convertiría en un hito decisivo en su carrera artística.



El pintor hizo una pausa, me pidió que esperara un momento mientras se dirigía a su estudio. No pasó mucho tiempo antes de que regresara, sosteniendo una carpeta en sus manos. Con gestos cuidadosos, me la entregó. Al abrirla, me encontré con una sorpresa inesperada, algo que jamás habría imaginado: una colección de relatos que narraban las historias de personajes otavaleños que ya habían partido, pero que dejaron una huella profunda en la comunidad. Cada uno de esos relatos era como una pequeña ventana que se abría al pasado, permitiéndome adentrarme en las vivencias y memorias de aquellos que, aunque ya no estaban, seguían presentes en el recuerdo colectivo de Otavalo.

Los relatos estaban fechados en 2013, lo que les confería una cierta nostalgia, como si esos testimonios hubieran estado esperando pacientemente a ser revividos, como si el tiempo los hubiera conservado en silencio hasta el momento adecuado. Al ver esa colección de narraciones en mis manos, sentí una profunda emoción, pero también una gran responsabilidad. Estaba frente a un tesoro de información tan valiosa, una pieza clave de nuestra historia local que no podía quedarse en el olvido. No pude evitar expresarle con firmeza que esos testimonios merecían mucho más que quedarse guardados en papel; debían ser escuchados por más personas, llegar a un público más amplio que pudiera valorar la riqueza de

esas historias. Le propuse entonces publicarlos en mi portal, un espacio que había creado precisamente para preservar y difundir la cultura de nuestra tierra

Con curiosidad le pregunto cómo se inició en la docencia. Me mira con detenimiento y sus manos, que momentos antes reposaban tranquilas sobre la mesa, comienzan a gesticular con delicadeza. Me responde: “Recuerdo como si fuera ayer. Era un viernes por la noche y caminaba por el parque Bolívar de la ciudad de Otavalo, maravillado por una banda de músicos que animaba a la gente a unirse al reencuentro. Estaba completamente absorto en la música, cuando un policía me detuvo. Me dijo que había dos señores sentados en una banca que me llamaban. Fui a ver quiénes eran y para mi sorpresa, los reconocí de inmediato. Eran don José Ignacio Narváez, un maestro muy respetado en la ciudad, y don César Villacís, rector del colegio Otavalo". Su voz se suaviza: “Don José Ignacio le dijo al rector: 'Mira, este es el guambra de quien te hablaba'. Me preguntaron si ya estaba trabajando y les respondí que no, que recién me había graduado del colegio de Artes Daniel Reyes”. El profesor Mora sonríe levemente al recordar aquel momento: “El rector, entonces, me pidió que el lunes me presentara en su despacho. Así lo hice y allí don César Villacís me indicó la documentación debía llevar al Ministerio de Educación en Quito para que pudieran tramitar mi puesto como profesor de dibujo. Al día siguiente, a las tres de la mañana, tomé un transporte para llegar temprano a Quito. Era la primera vez que visitaba la capital y todo era nuevo para mí. Regresé a Otavalo esa misma noche, alrededor de la medianoche, con el nombramiento de maestro en mis manos. A los 17 años, ya era docente de dibujo del colegio Otavalo”.

Luego de esa etapa, decidió aceptar una nueva propuesta laboral en el colegio Nelson Torres, en Cayambe, donde su vida profesional tomaría un giro significativo. Allí, el rector del colegio, impresionado por su talento y entrega, le sugirió que continuara con su formación. Le propuso seguir un curso de seis meses en el Ministerio de Educación, algo que Raymundo vio como una oportunidad única. “Esta es una oportunidad, pero también un desafío para ti”, le dijo el rector, con voz firme. “Debes alcanzar un puntaje específico en el curso para no tener que reembolsar los costos del entrenamiento”. A los 20 años, el joven aceptó el reto con determinación, consciente de que su futuro dependía de su desempeño.

Durante esos seis meses, se entregó al estudio con una disciplina admirable. El esfuerzo valió la pena: obtuvo el promedio más alto entre todos los participantes del curso, lo que no pasó desapercibido para sus superiores. Su destacada actuación no tardó en ser reconocida. El Ministerio de Educación del Ecuador le otorgó una beca para estudiar en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

El ministro lo invitó a su despacho. Cuando Raymundo se presentó ante él, el funcionario, sorprendido por su juventud, exclamó: “Así que tú eres el brillante maestro. No sabía que eras tan joven. En 20 días estarás viajando a México”. En ese momento, Raymundo no podía imaginar que, años después, estaría trabajando precisamente en ese ministerio, colaborando estrechamente con varios secretarios de estado a lo largo de diferentes períodos administrativos.



“¿Cómo ha influido el hecho de ser otavaleño en su obra artística?”, le pregunto. El profesor Mora se pone serio y coloca su mano bajo el mentón, pensativo. Finalmente, me responde con voz pausada: “Otavalo es una ciudad conocida por sus impresionantes paisajes y lagos, que han sido fuente de constante inspiración para poetas, pintores y todos aquellos que buscan capturar la esencia de la naturaleza. Para nosotros, los artistas, estos escenarios naturales son el centro de nuestra creatividad, un lugar donde todo parece converger: la luz, los colores, la tranquilidad y la vida

cotidiana de nuestra gente. Pero lo que realmente nos distingue, a cada uno de nosotros, es nuestra capacidad de reinterpretar estos elementos naturales, de transformar lo que vemos en algo profundamente personal y cultural".

Antes de despedirme del profesor Mora, le hago una última pregunta: "¿Qué consejo les daría a los jóvenes que están iniciándose en la pintura?" Su respuesta no tarda en llegar, cargada de firmeza y convicción: "Les diría que exploren su creatividad sin temor. Que cada trazo, cada pincelada, sea una manifestación genuina de quiénes son, de sus orígenes y de la rica cultura que nos define. Que no se dejen arrastrar por modas o tendencias efímeras, sino que busquen construir su propio camino, hallar su voz única. El arte no se limita a una técnica; es, ante todo, una forma de ser, una manera de interactuar con el mundo".

## MÓNICA BARBA

### CON PASIÓN Y PRINCIPIOS



**U**na tarde soleada de septiembre me dirigía a Gama TV en Quito, a entrevistar a Mónica Barba, cuya impresionante carrera siempre me había interesado.

Comenzó su camino en TC Televisión, donde no solo condujo el noticiero estelar, sino que también ganó un premio por su reportaje en el programa "ECUATORIANÍSIMA". Desde entonces, su trayectoria ha incluido destacadas etapas en Teleamazonas, Ecuavisa, Telerama y Canela TV. Pero su talento no se ha limitado a la televisión, Mónica también ha sido la voz principal en varias estaciones de radio y vocalista en sus bandas rock.

En el deporte, ha brillado en karate-do y ha sido instructora de Tae Bo. Además, ha sido imagen publicitaria de diversas marcas, ejecutiva de relaciones públicas y profesora de locución, vocalización y expresión corporal.

Actualmente, lidera su propia estación de radio: "Dimensión Ónix", dirige la revista "Amor & Éxito".

Al ingresar a las instalaciones del canal, recordé la distinción con la que Mónica solía aparecer en pantalla. Siempre vestida con trajes elegantes y luciendo peinados a la moda. Llegué al tercer piso donde estaba su oficina. Al verme me recibió con mucho cariño, como si me hubiera conocido toda la vida, Vestida de manera más casual, seguía irradiando aquella belleza innata que la había hecho tan reconocible en la televisión. Su estilo no residía en la complejidad, sino en la autenticidad y en su porte natural.

Al tomar asiento en su oficina, me encontré en un espacio amplio que reflejaba su personalidad. Mientras me acomodaba, mi mirada se posó en sus impresionantes ojos verdes, que contrastaban con su tranquila sonrisa y en sus manos delicadas, de dedos finos, adornados con anillos de plata en cada uno, que subrayaban su gusto refinado.

Me ofreció un café recién hecho que acepté complacida. Comencé la conversación preguntándole sobre las personas que habían influido en su carrera. Ella respondió con una mirada reflexiva: "Fueron mis padres," dijo con voz teñida de respeto y cariño. "Mi padre fue mi modelo a seguir en los negocios; un verdadero tiburón del que aprendí invaluable lecciones. Gracias a él, soy emprendedora y estratega. Me enseñó a buscar la excelencia y a triunfar en cualquier circunstancia".

Tomó un sorbo de café y continuó sin perder el hilo de la conversación: "Mi mamá, por otro lado, siempre ha sido el viento bajo mis alas, la que ha sabido guiar mi espíritu rebelde." En ese momento, su voz se quebró ligeramente y, con una dulzura palpable, añadió mientras movía su dedo de arriba hacia abajo: "Con ella, todo se hacía a su manera. Lo que mamá decía, se convertía en ley." Por ejemplo, un día me llevó a dejar la hoja de vida de mi hermana Patricia, a la oficina de modelos de Cristina Ordóñez. Eran los años 80. Al recibir la carpeta, Cristina volteó a mirarme y me preguntó por qué no dejaba yo también mi hoja de vida. Mi madre no dijo nada pero más tarde regresamos. Así fue cómo ingresé al mundo del modelaje, a aprender y a trabajar con excelencia. Hice muchos comerciales y desfiles, incluso entré al concurso de Reina de Quito, aunque no me gustaban los concursos".



Le pregunté cuál había sido su experiencia en el concurso. Con una mirada intensa, respondió de inmediato: “Aprendí que el mundo adulto está lleno de arreglos y de intereses propios. Éramos un grupo de candidatas muy unidas, realmente nos teníamos mucho cariño. La víspera de la elección, uno de los miembros del jurado nos reveló que ya había ganadoras preseleccionadas. A pesar de esta decepción, ninguna de nosotras pensó en abandonar el concurso. Nuestra unión iba más allá de la competencia. Habíamos entrado por representar a nuestra ciudad, no por la corona. Crecí con esta experiencia”.

Le pregunté si aquel había sido el único concurso en el que se había inscrito. Respondió con una sonrisa amplia que había participado en Miss Compu 86, por mandato de la jefa de modelos: “En una de las pruebas, las candidatas debíamos salir bailando. Yo me negué porque siempre he sido tímida y reservada; en lugar de bailar, opté por modelar en el escenario. Esto, curiosamente, encantó a los organizadores. Cuando le pregunté a uno de ellos por qué había ganado el concurso, si era la más flaquita y ni siquiera había aceptado bailar, me contestó que no estaban buscando a una bailarina, sino a una dama”.

Le pedí que compartiera detalles sobre su experiencia en la televisión. Con una mirada llena de alegría y entusiasmo, recordó su entrada a TC

Televisión de la mano de Abel Castillo, un destacado periodista de investigación: "Aprendí a ser periodista sin serlo de la mejor manera posible, con uno de los mejores. Me di cuenta de que ser periodista era mucho más que informar, era ayudar, transmitir y servir a la comunidad."

Con orgullo, agregó que a los 21 años ganó un concurso interno organizado por Antonio Hanna para el mejor reportaje durante las Fiestas de Quito. "Más adelante dejé TC Televisión", dijo, "cuando percibí un cambio en el enfoque del canal; ya no se valoraba tanto la capacidad intelectual de las conductoras de noticias, sino su apariencia física, el escote, cuán sexi eran. En ese contexto, Abel Castillo, quien para entonces había cambiado TC por Teleamazonas, me contactó para que me uniera al equipo del *Noticiero de la ciudad*. Posteriormente, me incorporé al programa *Dentro y Fuera*. Con el tiempo, participé en diversos programas y canales, pero eventualmente el mundo de la televisión comenzó a agotarme, lo que me llevó a explorar la radio. Trabajé en innumerables estaciones, una experiencia hermosa que disfruté enormemente.

Le pregunté cómo se inició en el mundo de la música y ella respondió con un entusiasmo contagioso, mientras jugaba con uno de sus anillos: "La música siempre ha sido parte de mi vida. Mi padre, Rubén Barba, es un artista. Compuso la canción 'A mi lindo Ecuador' y ha sido mi mayor inspiración y mi escuela de canto desde niña. A los nueve años, quedé fascinada por una versión de los Carpenters; aunque no entendía inglés, me esforcé por aprender la letra. Durante mi adolescencia, sabía todas las canciones de las grandes bandas como Kiss, Led Zeppelin y Pink Floyd, íconos del rock. Recién a los 42 años formé parte de una banda de rock, porque antes no me lo había permitido mi padre. Tuve tres bandas. Una de ellas fue Rain, junto al recordado Hittar Cuesta, donde escribía las letras de nuestras canciones. Hoy he dejado la música por el factor tiempo".

Mónica me cuenta que hace ocho años fundó "Dimensión Ónix", la primera estación de radio en línea y redes sociales. Este proyecto, que comenzó como una pequeña iniciativa, creció mucho hasta convertirse en una empresa exitosa y fructífera, gracias a la incorporación de un equipo talentoso y dedicado. Hoy, está al frente de "Amor & Éxito", una revista digital. En este proyecto, asumió todo el trabajo, desde la creación de contenido hasta la diagramación. Su esposo es su principal colaborador, su

alma gemela. Disfrutan juntos del trabajo y de la familia. Programan para el futuro la publicación de tres revistas más, serán cuatro en total.

Le pregunto por su trabajo actual en Gama TV: “Tengo mi propia agencia de publicidad”, manifiesta. “Actúo como asesora de contenido y productora de audiovisuales. Me encargo de coordinar talentos y proporcionar asesoramiento para el equipo que aparece en el nuevo noticiero estelar del canal. Comparto la conducción con mi hermana Patricia”.

Me invita a un segundo café y lo acepto con gusto. Luego de charlar un rato, se despide con un fuerte abrazo: “No hay una edad límite para trabajar en lo que uno le gusta”, me dice. “Fui campeona de kárate a los 29 y rockera a los 42”.

Queda claro que Mónica Barba es mucho más que una destacada figura en el mundo de la televisión, la radio y la música. Su versatilidad y su capacidad para impactar positivamente en diferentes medios son evidentes. A través de sus variados roles como presentadora, directora creativa, cantautora, y ahora como pionera en el ámbito digital con "Dimensión Ónix" y "Amor & Éxito", continúa inspirando a aquellos a su alrededor y ampliando su influencia en la cultura y los medios ecuatorianos. Su dedicación a la excelencia y su enfoque en el trabajo en equipo y la familia resaltan como pilares de su éxito. Sin duda, la trayectoria de Mónica Barba seguirá siendo una fuente de inspiración para muchos, marcando la diferencia en cada nuevo proyecto que emprenda.

## JORGE VALDOSPINS RUBIO

### OTAVALO: PASADO Y FUTURO



**M**e dirijo a la residencia de Jorge Valdospinos para entrevistar a una figura prominente, no solo de Otavalo sino de todo el país. Su notable carrera en la gestión pública incluye roles como gerente administrativo de la EMAAP-Q, miembro del Consejo de Expertos Electorales de Latinoamérica (CEELA), diputado por Imbabura, coordinador general del Congreso Nacional, subgerente general del BEDE y miembro del Consejo de Regentes de la Universidad UTE.

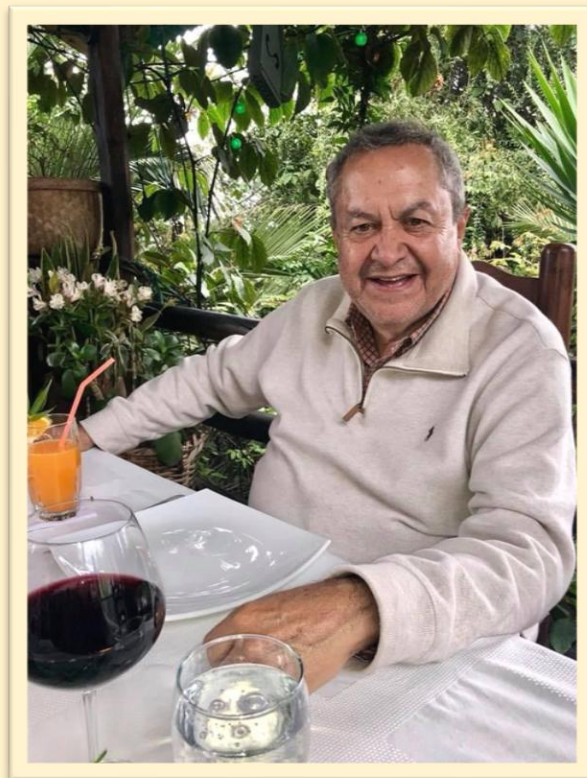
A pesar de que Jorge Valdospinos ha dejado una huella significativa en diversos ámbitos, tanto nacionales como internacionales, nuestra conversación se centrará en su profunda conexión con Otavalo, su ciudad natal.

Nuestro primer contacto directo tuvo lugar en 2019 cuando le escribí solicitando una anécdota para mi segundo libro. Para mi sorpresa, no solo respondió, sino que me compartió un relato fascinante, con tintes humorísticos. Ahora, años más tarde, he llegado al edificio donde reside, ubicado en una zona tranquila y moderna de Quito. Al verme en el

vestíbulo, me recibe con un caluroso abrazo que evidencia sinceridad y un genuino placer por nuestro encuentro.

Su hogar es sumamente acogedor. La decoración demuestra un gusto exquisito por los detalles, siendo el elemento más destacado una imponente pintura del renombrado artista otavaleño Jorge Perugachi, que ocupa un lugar preeminente en la pared principal de la sala. Esta obra no solo añade belleza al espacio, sino que evoca el rico patrimonio artístico de Otavalo.

Le pregunto sobre sus recuerdos de infancia y adolescencia. Con una mirada tanto reflexiva como alegre, responde: “Crecí en Otavalo en el antiguo barrio San Sebastián, hoy conocido como La Florida, en el límite de la ciudad, junto al río Machángara, donde casi terminaba la ciudad”. Luego, con emoción me cuenta que en su adolescencia forjó amistades significativas con sus vecinos: Jany y Libio Hidalgo, los hermanos Carlos y Marcelo Bucheli, Carlos Larrea Estrada y su primo Jaime Rubio Espinoza, con quienes formó el grupo "Junior 2".



Más tarde, la hermandad se extendió. Recuerda con mucho afecto a Guido y a su hermano Franklin Haro. Este último pertenecía al grupo “Junior 1” y era miembro del famoso “Club de Tiro, Caza y Pesca”.

Un día, Franklin les ofreció las instalaciones del Club como un refugio amistoso y acogedor, una alternativa a la calle. Les permitía estar allí siempre, excepto en las noches en que la directiva tuviera sesiones. En ese momento, hace una pausa y con añoranza recuerda a don Ángel Rueda Encalada y a su esposa, propietarios de la casa donde funcionaba el club. Cada noche, les recibían con gran amabilidad, sin cuestionar su presencia a pesar de no ser miembros de la institución, concluye con un tono nostálgico: “Fueron noches inolvidables de una bohemia sana en casa de sus padres, mi querida Dorys”.

Mientras saboreo unas exquisitas galletas y unos deliciosos chocolates que amablemente me ofrece, Jorge subraya con entusiasmo el profundo vínculo con Otavalo y la región, un lazo heredado de sus padres: "Ellos me enseñaron que la tierra era lo principal, a la cual debía regresar siempre. Viajo cada quince días a Otavalo y no se imagina cuánto disfruto de mi permanencia. Allí están los grandes amigos, los de toda una vida, y por supuesto, también la familia".

Luego, evoca con cariño el ambiente de su juventud: “Otavalo era un lugar pequeño y familiar. Todos nos conocíamos y los clubes locales eran los centros sociales por excelencia. El Club de Caza y Pesca, el Club México, el Club Otavalo y el Club 24 de Mayo, entre otros, eran puntos de encuentro habituales, donde nuestros padres y nosotros mismos nos reuníamos. Los domingos eran encantadores, asistíamos a la retreta en el parque Bolívar e íbamos al cine al teatro Bolívar o Apolo. En las noches nos aventurábamos a dar serenatas a las enamoradas, siempre con el temor de despertar a los padres y ser reprendidos”.

Me cuenta con una amplia sonrisa que en aquellos tiempos, declararse a alguien era un asunto serio: “Los jóvenes nos preparábamos concienzudamente. Las mujeres, en cambio, pedían un período de espera, que rara vez era breve. Pero la perseverancia era clave en los varones. Recuerdo a un amigo que se levantaba todos los días a las 4 de la mañana, hora en que su enamorada asistía a misa con su madre, solo para verla de lejos. Luego retornaba a su casa lleno de felicidad.”

Jorge señala con nostalgia que a los otavaleños les encantaba visitar lugares emblemáticos como la Fuente de Punyaro y las piscinas de El Neptuno y Las Lagartijas. Además, disfrutaban de los bailes dominicales en San Pablo del Lago, en el muelle de la familia Echeverría. Los jóvenes, por su parte, solían

pasar las noches en el local "Bambie" o en la tienda del señor Carrillo, donde se deleitaban con los famosos hervidos de mora y naranjilla.

Su voz se anima aún más al recordar las Fiestas del Yamor y cómo los jóvenes con sus padres festejaban a la ciudad en las calles. La gente se desplazaba de un barrio a otro y había un ambiente familiar en toda la ciudad. Sus ojos se iluminan al recordar a una joven: Ruth Castro Luna, candidata a Reina del Yamor: "Ese año me propusieron que fuera su caballero. Acepté. Ella fue la flamante ganadora y es así cómo se inició nuestra historia de amor. Fue un amor a primera vista. Nos casamos y hemos estado juntos toda una vida. Tenemos tres maravillosos hijos y una nieta muy hermosa".



Jorge Valdospinos y Dorys Rueda

La política, aunque inicialmente no era el tema central de nuestra conversación, surge de forma inevitable y Jorge habla de ella con un evidente orgullo. Me cuenta cómo su pasión por la política fue una herencia de su padre, que fue siete veces concejal por Otavalo. Con mucha emoción exclama: "Me enseñó que la política debía estar ligada al servicio. He abrazado este principio desde los 20 años, sirviendo no solo a Otavalo sino a toda la provincia", concluye con convicción.

Este profundo compromiso con la comunidad ha sido ampliamente reconocido. Jorge ha sido condecorado con la medalla de la ciudad de Otavalo, el escudo de Cotacachi y la máxima condecoración de Ibarra, el Cristóbal de Troya.

Cuando se retiró de la política activa, Jorge buscó nuevas formas de seguir sirviendo a su comunidad. Fue así cómo nació la Fundación Gonzalo Rubio Orbe, de la cual es su presidente. Creada para reconocer en vida a los otavaleños destacados en diversas áreas como la literatura, la música, la gastronomía, la ciencia y otras disciplinas. Con visible orgullo, afirma: "Ahora, las nuevas generaciones toman la posta. Jóvenes profesionales han ingresado a la Fundación con el deseo ferviente de perpetuar el legado de excelencia y compromiso que hemos cultivado durante estos 30 años".

Le pregunto sobre el legado que le gustaría dejar a las futuras generaciones. Reflexivo, coloca su mano en el mentón y responde con seriedad: "El primer legado está en relación con la participación política de los jóvenes. Es crucial que los jóvenes se involucren activamente en la política, eligiendo el partido que prefieran, entendiendo siempre que su participación es un servicio esencial para la ciudad, la provincia y el país. El segundo legado se relaciona con el reconocimiento y la preservación de la rica herencia cultural de nuestra ciudad, algo que hemos promovido desde nuestra Fundación. Es imprescindible que los jóvenes valoren y recuerden a las figuras ilustres de nuestra comunidad para que continúen con el trabajo iniciado por sus predecesores, fortaleciendo así el respeto y el aprecio por el patrimonio cultural de Otavalo".

Lamenta que muchos jóvenes hoy en día no conozcan a los ciudadanos ilustres de Otavalo. Agrega: "En nuestra época, los maestros normalistas eran los verdaderos guardianes de la historia local. Nos hablaban de los grandes personajes como Isaac J. Barrera, Fernando Chávez Reyes, Francisco Moncayo Parreño, Gustavo Alfredo Jácome, Gonzalo Rubio Orbe, etc. Ahora, muchos desconocen quiénes son estos personajes y el legado que dejaron a la comunidad".

Al concluir nuestra entrevista, le pregunto qué espera para Otavalo en un futuro inmediato. Con una mirada que refleja tanto determinación como esperanza, menciona: "Mi mayor deseo es ver a nuestro Otavalo abrazar plenamente la interculturalidad, que los diversos grupos étnicos y culturales de nuestra ciudad no solo coexistan, sino que también

interactúen de manera profunda y significativa, enriqueciéndose mutuamente a través del intercambio de experiencias y conocimientos en todos los aspectos de la vida comunitaria".

Me despido de Jorge Valdospinos con un cálido abrazo, llevándome una profunda admiración por su valioso servicio a la comunidad. Mientras el elevador desciende lentamente, el inmenso amor que Jorge siente por Otavalo y la provincia de Imbabura sigue resonando en mí, dejando una huella indeleble de nuestro encuentro. Al salir del edificio y caminar hacia mi vehículo, reflexiono sobre las palabras de Jorge, la importancia de preservar nuestra cultura y dejar como legado este patrimonio a las futuras generaciones.

## ISABEL MOREANO

### ELEGANCIA, FE Y COMPROMISO



**C**ada semana emprendo un viaje especial hacia Otavalo, mi encantadora ciudad natal, donde tengo el privilegio de entrevistar a personajes notables.

Otavalo es un lugar donde las tradiciones ancestrales y la vida moderna se entrelazan, creando una sinfonía que fusiona el pasado con el presente de manera deslumbrante. Este vibrante tapiz cultural resuena con los tonos de las flautas andinas y el murmullo de las plazas mercantiles, mientras la serenidad del Lago San Pablo complementa su belleza.

Cada entrevista que realizo se convierte en un hilo más de este intrincado bordado, desvelando la rica textura de una cultura que continúa floreciendo bajo la protección del majestuoso “Taita Imbabura”.

En esta ocasión, mi visita tiene un propósito especial: entrevistar a la señorita Isabel Moreano, nacida el 18 de febrero de 1927, hija de don Luis Alejandro Moreano y doña Judith Paz Garcés. A lo largo de su vida, se ha

convertido en una figura emblemática en Otavalo, conocida por su dedicación y amor profundo hacia su ciudad natal. La entrevista profundizará en cómo la vida de la señorita Isabel está intrínsecamente ligada a Otavalo.

Recuerdo a la señorita Isabel desde mis primeros años, pues era nuestra vecina en el barrio Central. Su hogar estaba al lado del de mis padres, frente al bullicioso y emblemático antiguo mercado 24 de Mayo.

Desde niña, siempre me llamó la atención la forma en que la señorita Isabel se vestía. Cada prenda destacaba por su elegancia y sobriedad, seleccionada con meticulosa atención a los detalles, evocando un estilo clásico atemporal. Su cabello, siempre impecablemente peinado y su maquillaje, discreto y natural realzaban su estilo distintivo y la hacían resaltar en cualquier reunión.

Al entrar en su hogar, me recibió una mujer de 97 años cuya presencia desafiaba el paso del tiempo. La esencia de su elegancia permanecía intacta, su cabello blanco como la nieve enmarcaba un rostro sereno y sus ojos, de un profundo azul celeste, irradiaban una belleza impactante que capturaba toda mi atención. Su postura erguida y su andar seguro por la sala irradiaban una autoridad natural. En ese momento, comprendí perfectamente por qué el escritor y dramaturgo Álvaro San Félix, décadas atrás, le había otorgado cariñosamente el apodo de "La Capitana". Este título no solo reconocía su influencia decisiva en la organización de eventos y programas culturales en Otavalo, sino que también rendía homenaje a una figura profundamente respetada en su comunidad, cuya presencia inspiraba admiración.

"Mi vida ha estado profundamente unida a mi ciudad", confiesa la señorita Isabel con una voz teñida de nostalgia, mirándome directamente a los ojos: "Para mí, Otavalo no es solo el lugar donde nací; es el rincón que llevo en el corazón y que amo incondicionalmente". Hace una pausa, entrecierra los ojos y, con una voz cargada de emoción, profundiza: "Otavalo es mi hogar, mi esencia, el epicentro de mis recuerdos más queridos".

Luego, con una modestia que permea cada palabra, confiesa: "Lamento no haber hecho más por mi tierra, aunque siempre he puesto todo mi empeño y amor en cada esfuerzo. Espero que Dios me conceda seguir sirviéndola con el mismo fervor en el tiempo que me resta de vida". Un silencio

conmover se establece en este instante entre nosotras. Ella, abrumada por la emoción y yo, profundamente conmovida por sus palabras.

Al indagar sobre su extenso itinerario de asistencia comunal y compromiso laboral, la señorita Isabel responde con un tono tranquilo, mostrando un semblante de calma y reflexión: "Durante ochenta años, he tenido el honor de liderar la Asociación Luisa de Marillac. Es un movimiento de la iglesia que se dedica al servicio social en favor de los pobres, inspirado en el carisma y la vocación de la santa Luisa de Marillac. Este rol no ha sido meramente una responsabilidad; ha sido una auténtica vocación que ha moldeado cada aspecto de mi vida".

Prosigue con una expresión serena: "La asociación, dedicada a promover el bienestar social y educativo, me ha permitido no solo contribuir al desarrollo de nuestra comunidad, sino también a crecer personal y espiritualmente".

Al preguntarle sobre su conexión emocional con el Club 24 de mayo, ella dirige hacia mí una mirada intensa y significativa: "A los veinte años, me uní al Club 24 de Mayo, animada por mi hermana Maruja, quien entonces estaba casada con el presidente del club. Esa decisión fue el comienzo de mi participación en varias iniciativas a favor de la ciudad. Me involucré en la organización de la Fiesta del Yamor y colaboré estrechamente en proyectos de asistencia de la Cruz Roja y de la Gruta del Socavón. Hasta el día de hoy, continúo con mis lazos afectivos con el club, al que tuve honor de servir como vicepresidenta y tesorera. Una relación que me ha permitido, a lo largo de los años, contribuir al bienestar de mi gente".

En este momento, la señorita Isabel toma un respiro profundo, se reclina ligeramente hacia atrás y luego con determinación, manifiesta: "De todos los proyectos en los que he participado, quiero destacar uno en particular: la Gruta del Socavón. El Dr. Enrique Garcés presentó en la Asociación de Otavaleños una iniciativa brillante: convertir la Gruta del Socavón en un lugar turístico. La idea fue aceptada de inmediato y mi hermano Guillermo fue delegado para realizar las gestiones pertinentes. Se entrevistó con don Daniel Antonio Guzmán, propietario de la propiedad *La Loma del Rey*, bajo la cual estaba ubicada la gruta".

Hace una pausa para asegurarse de que estoy siguiendo su relato y con un gesto de la mano enfatiza: "Después de un tiempo, se celebraron las

escrituras de donación con el Municipio. Lamentablemente, don Daniel Antonio había fallecido, por lo que su sobrino, don Eduardo Viteri, firmó en su lugar. Los planos de la obra fueron ejecutados por el ingeniero Adrián Moreano y los arquitectos Virgilio Chávez y Luis Troya. La Cruz fue construida por el ingeniero Cárdenas. La imagen de la Virgen de Monserrat fue creada por el distinguido artista Gonzalo Montesdeoca y donada por doña Susana Mancheno de Pinto, primera presidenta del Comité formado desde el inicio, con representantes tanto en Quito como en Otavalo. Tuve el privilegio de ser parte de este Comité, junto a otras respetadas damas de la ciudad que compartían un profundo sentimiento religioso y un inmenso amor por nuestra tierra".

Frente a ella, observo cómo se endereza en su sillón con elegancia, ajusta su postura y, esbozando un gesto de satisfacción, agrega: "Una vez materializado el proyecto, se transformó en uno de los principales atractivos religiosos y turísticos de Otavalo. El Comité asumió la responsabilidad permanente de velar por la conservación y el culto en el santuario".

Cuando le pregunto qué es lo que realmente la apasiona, la señorita Isabel responde con una energía y un entusiasmo que son casi contagiosos: "Soy la fundadora del Club de Jardinería, una iniciativa que no solo ha embellecido nuestra comunidad con más espacios verdes, sino que también ha sido una maravillosa oportunidad para educar a las personas sobre la importancia de cuidar nuestro entorno natural".

Me cuenta que otra de sus grandes pasiones fue organizar los actos cívicos y altares en la ciudad: "Preparar cada acto cívico me llenaba de alegría. Cada evento y cada celebración era una oportunidad para reunir a los otavaleños y reafirmar mi amor y compromiso con la comunidad".

Al preguntarle sobre el legado que heredó de su familia, la señorita Isabel aprieta sus manos y responde con emoción: "Mi madre fue presidenta de la Congregación de la Virgen de Monserrat en el templo El Jordán por 60 años. Luego, mi hermana Marianita tomó el relevo y continuó con ese legado familiar durante cincuenta años más. Ella se encargaba de mantener el culto a la Virgen, de cuidar el altar de la iglesia y confeccionaba las vestiduras para la Virgen. Además, organizaba las visitas de la Madre de Dios a los diferentes barrios de Otavalo durante las noches".

Ahora hace una pausa y, con una mirada impregnada de recuerdos, añade: "Ella también elaboraba las figuras que representaban las costumbres indígenas, las cuales hoy se exhiben en el Museo del Instituto de Antropología. Posteriormente, fui yo quien asumí la responsabilidad de esta herencia tan preciada y significativa para nuestra familia".

Con una voz suave y cálida, que envuelve cada palabra con delicadeza, subraya: "Mi familia siempre se comprometió con los asuntos de fe como una expresión del profundo amor que todos sentíamos por Otavalo. No solo buscábamos preservar y fortalecer nuestras tradiciones, sino también unir a las personas en celebración y devoción. Queríamos que cada evento, cada gesto de fe, sirviera como un recordatorio de nuestra identidad y de los lazos profundos que nos conectaban como comunidad. De esta manera, manteníamos viva la esencia de Otavalo, transmitiendo nuestros valores y creencias a las generaciones futuras".

Al finalizar nuestra entrevista, me inclino para ayudar a la señorita Isabel a levantarse de su sillón. Con un gesto amable pero firme, me detiene y dice: "Tranquila, puedo hacerlo sola". Con elegancia y determinación, se pone de pie y, con una sonrisa acogedora, me invita a pasar al comedor para disfrutar de un exquisito helado de mora con nueces. "Son moras de Otavalo, le aseguro que le encantarán", exclama con entusiasmo. El comedor, donde lo clásico se fusiona armoniosamente con lo moderno, refleja a la perfección el espíritu de la señorita Isabel, mostrando su refinado gusto y su atención al detalle.

Mientras observo a la señorita Isabel disfrutar de su helado, reflexiono sobre cómo su presencia simboliza la dedicación y el amor por nuestra tierra natal. Su vida, marcada por un compromiso constante ha dejado huella en el corazón de nuestra comunidad.

Su destacada labor ha sido reconocida con numerosas condecoraciones, otorgadas por entidades como el Ministerio del Trabajo, la Cruz Roja, el Municipio de Otavalo, la Empresa San Miguel y la Fundación Gonzalo Rubio Orbe. Al despedirme con un cálido beso en la mejilla, me doy cuenta de que la historia de la señorita Isabel no es solo un testimonio de logros, sino una invitación para todos a vivir con la misma entrega y amor por lo que hacemos.

## FERNANDO LARREA ESTRADA

### ENTRE LA PLUMA Y LA ECONOMÍA



**E**ra una soleada tarde de sábado cuando me dirigía a la residencia de Fernando Larrea Estrada, un apreciado amigo y destacado escritor e investigador socioeconómico, nacido en Otavalo en 1960. El aire fresco de la sierra ecuatoriana acariciaba mi rostro, impregnando el ambiente de una tranquilidad que contrastaba con la emoción que sentía. El cielo despejado y el brillo del sol realzaban la majestuosidad del paisaje, con las montañas imponentes recortándose en el horizonte y los prados verdes extendiéndose bajo el inmenso azul.

Fernando es un otavaleño que ha desarrollado una sólida trayectoria profesional. Se graduó en la Universidad Central del Ecuador y ha cursado estudios de postgrado en el área económica, tanto a nivel nacional como internacional. Esta formación académica ha sido clave en su desarrollo. Su obra y trabajo abarcan desde temas filosóficos y culturales hasta el análisis de fenómenos socioeconómicos.

Al entrar en su hogar, ubicado en el centro norte de Quito, noté de inmediato cómo el ambiente reflejaba su esencia. El espacio unía de manera natural lo moderno y lo tradicional: muebles de diseño actual se integraban con objetos familiares que evocaban sus raíces en Otavalo. En las paredes, fotografías cuidadosamente enmarcadas narraban la vida de un hombre profundamente conectado a su tierra, pero con una perspectiva abierta al mundo.

Tras una breve charla inicial, le pregunté de qué manera crecer en Otavalo había moldeado su vida y qué aspectos de su infancia habían dejado una marca profunda en su forma de ver el mundo. Fernando, reflexivo, sonrió antes de responder:



“Otavalo tiene una magia especial, una riqueza cultural que se percibe en cada rincón. Desde niño, fui parte de esa herencia ancestral casi sin darme cuenta, compartiendo el día a día con mis compañeros de escuela, muchos de ellos indígenas. Juntos disfrutábamos de la comida y, en nuestras conversaciones, se colaban palabras en quichua, haciendo que esa mezcla cultural se sintiera auténtica y natural. Aprendí a ver la diversidad como algo propio, no como algo ajeno. Comprendí que la identidad no solo se hereda, sino que se vive y se construye cada día.

El contacto con la naturaleza también fue otra parte fundamental de mi vida. Las caminatas al Imbabura, las excursiones a Mojanda y los recorridos

por las faldas del Cotacachi me conectaron profundamente con los paisajes andinos. Esa experiencia me ofreció una perspectiva más amplia del mundo, una sensibilidad especial para apreciar no solo lo propio, sino también las distintas culturas y formas de vida. Me enseñó que cada cultura tiene su propia magia y sabiduría".

Cuando le pregunto si algún otro recuerdo le viene a la mente, Fernando coloca su mano bajo el mentón y, como si estuviera reviviendo una escena profundamente grabada en su memoria, responde con entusiasmo:

"Recuerdo claramente el año 1968, durante una campaña política. En esa ocasión, llegó a Otavalo Velasco Ibarra, una figura fundamental en la política ecuatoriana. Le construyeron una puerta simbólica para su entrada y lo que más me impactó fue ver a la multitud, llena de emoción y fervor, ovacionándolo. Todos querían acercarse a él, tocarlo, como si se tratara de una figura casi mítica. El discurso lo dio en el Municipio, y yo estaba allí, de la mano de mi padre y de mis hermanos. Sentir la energía de mi gente y ver cómo Otavalo vibraba con tanta intensidad fue algo inolvidable para mí.

En el ámbito literario, Fernando ha demostrado ser un prolífico escritor. Entre sus obras más destacadas se encuentra *Chaguarmishqui* (2016, con una segunda edición en 2019), una obra profundamente enraizada en la cultura ecuatoriana, que refleja su amor por la tierra y las tradiciones ancestrales. *Modesto Larrea Jijón, Vida y Legado* (2015) es un homenaje a la historia de su familia, una exploración de las raíces y valores que han moldeado su identidad. Por otro lado, *Elementos del Comercio Internacional* (2013) pone de manifiesto su vasta experiencia en el ámbito económico, abordando con precisión temas fundamentales del comercio global. Recientemente, en 2024, ha coescrito el libro *Rincones de Otavalo: leyendas y poemas*, donde ha creado poemas inspirados en los sitios emblemáticos y en las leyendas de la ciudad. Uniendo de esta manera, su talento poético con su pasión por la cultura local.

Le pregunté quién le había dado el mejor consejo en su vida. Me miró con atención antes de responder:

"Cuando terminé de escribir *Elementos del Comercio Internacional*, le pedí al escritor Enrique Sierra Castro que lo revisara. Sus palabras fueron muy alentadoras y me motivaron a publicar el libro, cosa que finalmente hice. Sin embargo, lo que realmente ha quedado grabado en mi memoria fueron

sus palabras finales: 'Escribe todos los días, no dejes de hacerlo y nunca te divorcies de un texto.' Desde entonces, ese consejo ha sido una guía constante para mí".

Entre los próximos proyectos de Fernando se encuentra un libro de cuentos costumbristas que recoge relatos profundamente otavaleños y ecuatorianos, como "*La guagua del Imbabura*," "*El Monigote*," "*El melcocha de sal*" y "*El taita pendejadas*." Además, trabaja en un poemario y en un libro de ensayos sobre historia económica.

Pero su trabajo trasciende los libros. Como editorialista de *Diario El Norte* y colaborador en diversas revistas y plataformas digitales, ha abordado temas que van desde la literatura y la ética hasta el análisis económico. En cada artículo, su voz se destaca por un enfoque analítico y una comprensión profunda de los asuntos tratados. Su habilidad para conectar lo cultural con lo económico ha dado forma a una producción diversa y reflexiva, siempre invitando al lector a ver más allá de lo evidente.

Le pregunto cómo logra equilibrar su faceta de escritor con la de investigador socioeconómico. Con su característico tono reflexivo y una sonrisa amplia, esa que muestra cuando realmente disfruta de la conversación, me responde:

"Ambas disciplinas, aunque aparentemente distintas, se complementan de manera natural. La economía me ha dado herramientas para entender el funcionamiento de las sociedades y sus dinámicas, mientras que la escritura me permite expresar de manera más profunda y filosófica las reflexiones que surgen de ese análisis. No puedo separar una cosa de la otra; escribir es una forma de investigar y la investigación me da material para nutrir mis textos".

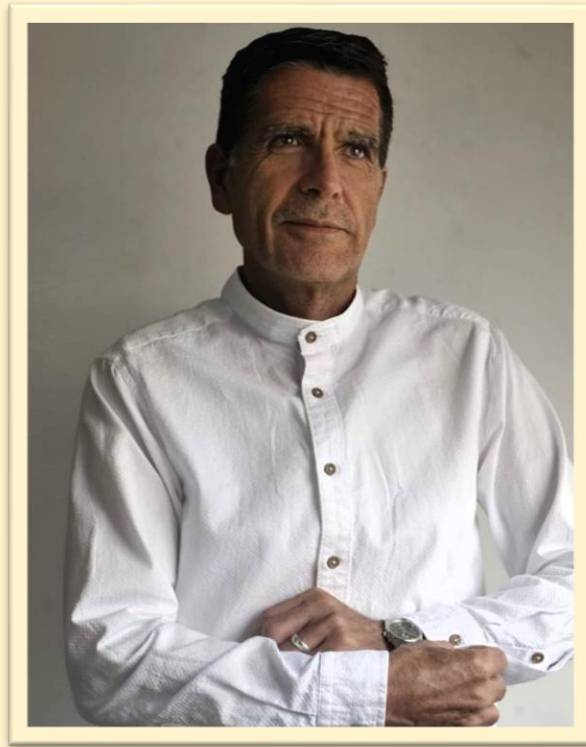
A lo largo de su carrera, Fernando ha estado vinculado a organismos internacionales y diversas instituciones públicas, además de desempeñarse como consultor en el sector privado y colaborar con gremios profesionales, lo que le ha dado una visión global y multifacética de los problemas económicos y sociales. Se autodefine como un libre pensador, comprometido con los valores de la familia, la empresa y la comunidad, y un apasionado defensor de la libertad en todas sus formas.

Al cerrar la entrevista, dedica unas palabras a su ciudad:

"Otavalo es mi raíz y mi inspiración constante. Todo lo que soy se lo debo en gran medida a esta tierra y a su gente, a sus montañas y tradiciones que llevo siempre en el corazón. Mi compromiso es seguir trabajando por el conocimiento, el respeto a nuestra cultura y el bienestar de nuestra comunidad. Aspiro a que las futuras generaciones vean en Otavalo no solo su lugar de origen, sino también un legado de libertad, identidad y dignidad que siempre nos guía y nos llena de orgullo".

## HÉCTOR ARTURO CISNEROS AYALA

### PADRE, ABUELO Y BISABUELO: UN VIAJE DE TRES GENERACIONES



**E**n el corazón del norte de Quito, me encuentro junto a Héctor Arturo Cisneros Ayala, rodeado por la calma que emana de su hogar. De gran estatura, él se encuentra relajado en un sillón blanco, acompañado de su mascota Frida. La gatita, de pelaje gris suave y ojos verdes que resplandecen como luces cálidas al caer la tarde, se acomoda en su regazo, añadiendo un toque de ternura a la tranquila atmósfera que los envuelve. A un costado, cerca de la pared, cuelga un cuadro de un paisaje del Lago San Pablo, un regalo de su buen amigo Paco Viniachy, un destacado artista otavaleño.

Mientras conversa con entusiasmo, Héctor me invita a disfrutar de un helado de chocolate, acompañado de unas galletas caseras que descansan sobre la mesita del centro de la sala. Al tomar la primera cucharada, el helado, suave y cremoso, se derrite lentamente en mi boca, envolviendo mis sentidos con una dulzura profunda y un toque de cacao que se despliega con suavidad. Es un consuelo reconfortante que no solo calma mi

paladar, sino que también despierta en mí una oleada de recuerdos agradables, evocando aquellas tardes tranquilas en la casa de mis padres.

Héctor Cisneros Ayala nació en Quito hace 67 años, pero me cuenta que, aunque es quiteño de nacimiento, su corazón ha forjado un vínculo especial con Otavalo, una ciudad que hoy considera suya gracias a su esposa y a la familia de ella. Otavalo, con su rica herencia cultural, lo ha cautivado de una manera profunda y única. Fascinado por la belleza natural de la ciudad, se ha dejado envolver por sus paisajes imponentes, los lagos tranquilos y las majestuosas montañas que la rodean. Con el paso de los años, ha aprendido a valorar las leyendas que han marcado la historia de este lugar, historias que solía escuchar de la voz de sus suegros y que aún hoy siguen resonando en su memoria, como ecos de un pasado que persiste en el presente. Estas narraciones, tejidas en la cotidianidad de su vida, se han convertido en parte de su propia identidad y de su relación con la ciudad

Mientras platica conmigo, Héctor Arturo se acomoda en el sillón, ajustando su posición para encontrar mayor comodidad, mientras que a su lado, Frida, la gatita, hace lo propio. Se estira completamente, extendiéndose con elegancia y luego se enrosca suavemente, buscando el ángulo perfecto para descansar. Él sonríe ante la escena y, con cariño, acaricia su suave lomo. Luego, retoma el flujo de la conversación.

Me cuenta que durante 42 años trabajó en el sector eléctrico del país y que fue maestro de la Universidad Popular, que en su momento formaba parte de la Universidad Central del Ecuador. Posee una licenciatura en artes industriales, una especialización en educación y nuevas tecnologías obtenida en FLACSO Argentina, y un doctorado en educación.

Al preguntarle sobre sus pasatiempos, me responde: "Me gusta leer, escuchar música clásica y caminar. Sin embargo, lo que más disfruto es el baile, una forma de expresión que comparto con mi esposa y que aporta una chispa única a nuestras vidas". Luego, menciona con orgullo que es el fundador, junto con su esposa del sitio web [elmundodelareflexion.com](http://elmundodelareflexion.com), un portal creado en 2013 con el objetivo de promover la lectura y la escritura, contribuyendo de manera significativa a la difusión de la literatura y la educación.

En ese momento, el teléfono suena y Héctor Arturo, con una sonrisa, se disculpa antes de apagarlo. Aprovechando esta breve pausa, le comento

que la entrevista se enfocará más en su faceta personal que en su carrera profesional, específicamente en su rol como padre, abuelo y bisabuelo. Le pregunto, entonces, qué significan para él esos roles tan importantes. Entrelaza las manos y, tras un breve momento de reflexión, me responde:



Héctor y su hijo Alejandro

“Ser padre, abuelo y bisabuelo son roles donde el amor se expresa de formas diferentes. Ser padre es guiar, educar y proteger a los hijos”, dice, levantando las manos como si estuviera abrazando ese concepto, “mientras que ser abuelo es disfrutar de la oportunidad de ser un refugio de cariño, ofreciendo a los nietos un espacio seguro y lleno de afecto, sin las preocupaciones diarias de la crianza”. Hace una pausa, mira al frente y concluye: “Ser bisabuelo es algo sublime. Siento que soy el puente entre el pasado y el futuro, una figura que preserva y transmite el legado familiar, compartiendo aquello que solo los años de experiencia pueden otorgar”.

En ese momento, su gatita Frida, que hasta entonces había permanecido tranquila a su lado, salta y se desliza con agilidad bajo las sillas del comedor. Su pequeña travesura interrumpe suavemente el curso de la conversación,

pero al mismo tiempo, infunde al ambiente una frescura inesperada, aportando un toque de espontaneidad que revitaliza el momento.

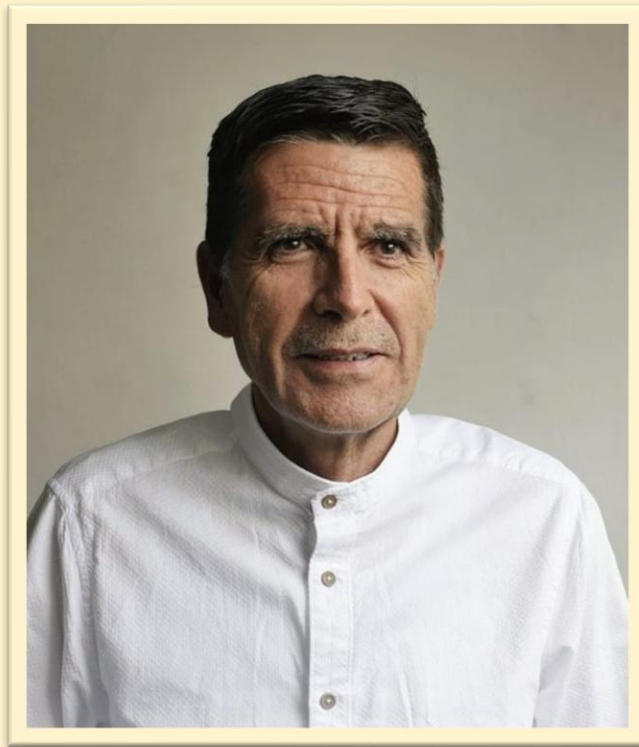
Le pregunto qué valores o enseñanzas ha transmitido a sus hijos y nietos a lo largo de los años. Con un gesto de calma, se detiene por un instante antes de responder con firmeza: "He tratado de enseñarles, ante todo, el respeto: el respeto hacia las personas, hacia los padres y abuelos y lo más importante, que se respeten a sí mismos". Al decir esto, cierra los ojos por un instante, como si estuviera recordando lo importante que ha sido para él este valor. "También les he inculcado la importancia de cuidar su cuerpo y su mente, porque eso es lo que les permitirá llevar una vida plena. Les he transmitido el amor por los animales, el respeto por la naturaleza y la importancia de valorar y cuidar el entorno que nos rodea".

Ahora, su mirada se suaviza, parpadea lentamente y continúa: "También les he hablado sobre la importancia de hacer ejercicio y cuidar su salud, algo que ha sido fundamental para mí, ya que el deporte ha formado una parte esencial de mi vida. Como deportista, aprendí a valorar el esfuerzo físico y la disciplina y quise que ellos pudieran vivir esa misma experiencia". Hace una ligera pausa, se acomoda nuevamente en el sofá y con una mirada decidida, añade: "Además, les he insistido en la necesidad de ser consecuentes con sus decisiones, de asumir la responsabilidad de sus actos y de vivir con integridad".

Mientras la conversación transcurre de manera amena, le pido qué me hable de sus hijos. Él, con una sonrisa cálida que refleja el profundo orgullo que siente por ellos, responde: "Tengo dos hijos. "La primera es Verónica, tiene 42 años y vive en Estados Unidos con mis nietos. Trabaja como maestra en una escuela. Aunque la distancia nos separa, mantenemos un vínculo muy cercano". Luego, añade: "Mi segundo hijo es Alejandro y tiene 39 años. Es director de sonido, su campo es el cine. Vive aquí en Quito y tiene una hija, Maura, que recientemente celebró su fiesta de 15 años". Su sonrisa se ensancha y agrega: "Además, tengo nietos por parte de mi esposa. Sus sobrinos nietos los considero como mis propios nietos". Y con una expresión de satisfacción, concluye: "Agradezco a Dios por tener un montón de nietos y un hermoso bisnieto. No hay mayor felicidad que tenerlos a todos".

Le pregunto cómo logró equilibrar su vida como padre y profesional y al instante dirige su mirada hacia el horizonte. Tras unos segundos de

reflexión, gira su rostro hacia mí y responde: "No fue fácil, especialmente cuando trabajaba en turnos en el sector eléctrico, lo que significaba que no tenía un horario fijo". Frunce ligeramente el entrecejo al recordar esos tiempos y agrega: "Hubo momentos complicados, sobre todo cuando tenía turnos nocturnos y mis hijos estaban en casa y yo no. Pero siempre hacía lo imposible por estar con ellos, por estar presente en los momentos importantes de mis hijos, luego en los de mis nietos y ahora, en los de mi bisnieto". Su voz se vuelve más firme mientras señala: "Para mí, ser padre, abuelo o bisabuelo no es solo estar físicamente con ellos, sino ofrecerles apoyo y enseñarles con el ejemplo, sin importar lo que dicte mi agenda diaria".



Con amabilidad, me ofrece unos bocaditos de queso, pequeños pero irresistibles. El primero que pruebo es tierno, con un sabor delicado. Su ligera salinidad resalta sin imponerse, mientras una sutil nota de hierbas emerge al final, aportando un matiz inesperado que lo vuelve aún más especial. Le pregunto: "Si pudiera darle un consejo a su yo más joven, antes de ser padre, ¿qué le diría?" Héctor Arturo me mira con fijeza y responde inmediatamente: "Le diría que aproveche cada momento con sus hijos, porque el tiempo pasa rápidamente y no se puede recuperar. Los abrazos, las palabras de aliento y los momentos compartidos son mucho más significativos que cualquier logro material. Le recordaría también que ser

un buen padre no implica alcanzar la perfección, sino estar dispuesto a aprender y adaptarse a medida que sus hijos atraviesen las diversas etapas de la vida. La paternidad es un camino en el que, aunque los errores son inevitables, lo esencial es estar presente, ofrecer apoyo constante y evolucionar junto a ellos. Es un proceso de comprensión mutua, donde lo más importante es saber ajustarse a sus necesidades conforme cambian. Además, le diría que, en lugar de preocuparse en exceso por el futuro, lo crucial es vivir plenamente el presente, cultivando experiencias que dejen una huella profunda en el corazón y fortalezcan los lazos familiares".

Otra de las mascotas de la casa interrumpe ligeramente la entrevista. Es una pequeña perrita, a quien Héctor alza con suavidad y la coloca a su lado. Aprovecho la pausa, para preguntarle cómo le gustaría que lo recuerden sus hijos, nietos y bisnieto. No se toma mucho tiempo para responder: "Me gustaría que me recuerden como alguien que trató de ser un buen padre, abuelo y bisabuelo, aunque sé que no siempre fue fácil y que cometí errores involuntarios. No soy perfecto, pero hice todo lo posible por estar ahí para ellos, por ofrecerles lo que más pude: mi tiempo, mi apoyo y mi cariño. Ojalá que lo que más recuerden de mí sea mi esfuerzo por ser siempre honesto y trabajador. Si al final de todo, me recuerdan no solo por eso, sino por haberles transmitido valores que los ayudaron a convertirse en mejores seres humanos, estaría completamente satisfecho".

Le menciono que sé que es un gran lector y Héctor Arturo, con una sonrisa y un gesto lleno de entusiasmo, me responde: "Bueno, no siempre fui un buen lector. Eso lo aprendí con el tiempo. Al principio, cuando era estudiante del colegio, leer me parecía solo una obligación, pero con los años, en la universidad, descubrí que un buen libro es una puerta a mundos desconocidos, una manera de vivir otras vidas, de aprender y de reflexionar. Ahora no puedo imaginarme sin tener un buen libro entre las manos". Toma un sorbo de agua y con calma, añade: "He tratado de inculcar este hábito tan enriquecedor a mis hijos y nietos. Recuerdo que cuando ellos eran pequeños, les leía antes de dormir y aunque algunas veces llegaba agotado del trabajo, esos momentos eran sagrados para mí". Su rostro se suaviza y, con un tono más serio, manifiesta: "Con mis nietos, la tarea ha sido más difícil, sobre todo porque hoy en día los dispositivos electrónicos ocupan gran parte de su tiempo. Leen menos que mis hijos a su edad y con ellos el trabajo es más arduo.

Le pregunto si hay algún momento de su paternidad o abuelazgo que lo haya marcado profundamente y que recuerde con cariño. Al instante, sus ojos se iluminan. "Con mis hijos", responde, haciendo una pausa para saborear el recuerdo, "el primer día que ingresaron al jardín fue un momento que jamás olvidaré. Verlos dar ese primer paso hacia una nueva etapa, tan pequeños y llenos de confianza, me llenó de orgullo, pero también de una tristeza sutil al darme cuenta de que ya no dependían tanto de mí". Su voz se entrecorta al continuar: "Con mis nietos y bisnieto, el momento en que nacieron quedó grabado en mi corazón y en mi memoria, dejándome una huella que nunca se borrará".

Antes de concluir la entrevista, le pregunto qué consejo les daría a sus hijos, ahora que son profesionales. Héctor Arturo se queda en silencio por un momento, como si meditara. Luego, con una expresión serena, responde: "Les diría que sigan estudiando, que nunca dejen de aprender. Que viajen, que exploren el mundo y, si tienen la oportunidad, trabajen en su campo fuera del país. Las experiencias que adquieran, no solo en su profesión sino también en la vida, les serán de un valor incalculable".

La entrevista llega a su fin. Me levanto y le agradezco por compartir su historia como padre, abuelo y bisabuelo. "Lo conozco desde hace 22 años", le digo, "y, a pesar de todo este tiempo, sigo sorprendida por la claridad, sencillez y autenticidad con las que ve la vida". En ese instante, dejo de ser la entrevistadora y, con una sonrisa cómplice, me dirijo al comedor, invitando a Héctor Arturo Cisneros Ayala, mi esposo, a disfrutar de un delicioso café, después de haber compartido una tarde llena de recuerdos.

## JOSÉ ALMEIDA RODRÍGUEZ

### EL FUNDADOR DE SANE/SOJAE



José Almeida y su esposa

**H**oy me dirijo a Tumbaco, una parroquia del Cantón Quito, en la provincia de Pichincha. El día está nublado y la lluvia cae suavemente, mientras el tráfico se vuelve cada vez más denso. Al mirar por la ventana, el sonido de la lluvia golpeando el cristal se mezcla con mis pensamientos y, sin darme cuenta, el tiempo transcurre rápidamente hasta que llegamos finalmente a la finca de José Almeida, quien nació en La Tola, un barrio emblemático de Quito.

Durante 10 años trabajó como ingeniero en el país, pero en 1986, la vida lo llevó al Japón, donde pasó 21 años enseñando español e inglés. En Tokio, cursó su maestría en TESOL en la Universidad de Temple. Desde 2007, José ha establecido su hogar en Colorado, Estados Unidos, donde vive con su esposa, Sue Strom, y sigue desempeñando su labor como maestro de español e inglés. En los últimos años, viaja con mayor frecuencia a Ecuador, donde pasa un par de meses antes de regresar a Norteamérica. Aprovechando su visita, hemos organizado esta entrevista.

## **CÓMO COMENZÓ SANE/SOJAE**

José y su esposa Susan Strom, una encantadora norteamericana, me reciben con calidez y me invitan a la sala. La emoción me embarga al comenzar la entrevista, ya que había deseado hacerla desde hace años, pero por diversas razones, no se había concretado.

Mi primera pregunta es sobre el origen de la fundación **SANE/SOJAE** que él fundó. Me mira con atención y responde: “Nuestra historia comienza en marzo de 1987, cuando Ecuador sufrió un terremoto que destruyó parte del oleoducto. En ese momento, yo vivía en Japón, donde era profesor del colegio “Jiyû-no-Mori Gakuen” en la ciudad de Hannô”. La embajada de Ecuador en Tokio publicó un anuncio en uno de los periódicos locales solicitando a quienes quisieran ayudar, que depositaran su contribución en una cuenta bancaria específica”.

Hace una pausa, reflexionando, y luego continúa: “En ese momento, decidí buscar una manera más efectiva de ayudar. Motivado por mi propia experiencia de vida y el deseo de generar un impacto más profundo y duradero, me enfoqué en la educación, convencido de que era la mejor manera de asistir a los niños afectados por el terremoto en mi país.”

Le pregunto qué lo llevó a elegir la educación como su prioridad. Con una sonrisa amplia, responde: “Siempre he considerado que la educación es un derecho humano fundamental y la herramienta esencial para construir un futuro mejor para nuestras comunidades”.

## EL CONCIERTO BENÉFICO EN JAPÓN



Inmediatamente, José organizó, junto a sus amigos, un concierto benéfico. Gracias a su esfuerzo, lograron recaudar 1000 dólares, los cuales José envió a su padre en Ecuador, pidiéndole que se dirigiera a una de las zonas afectadas por el terremoto para localizar una escuela que hubiera sufrido daños.

Su padre, efectivamente, viajó a Tabacundo y allí lo pusieron en contacto con la maestra de una escuela unitaria que atendía a 35 niños en la Comuna de San José Chico, en las faldas del Mojanda. Los niños recibían clases en una habitación prestada por la comuna, que originalmente había sido construida como bodega para almacenar papas. Afuera, en el terreno de la escuela, había una estructura metálica de un aula que llevaba ya diez años sin terminar ni utilizarse. Con la ayuda de la mano de obra de la comunidad, la estructura se terminó en un mes y, finalmente, los niños tuvieron un lugar adecuado para estudiar.

Así fue como comenzó su labor.

José menciona que, al año siguiente, más escuelas comenzaron a solicitar ayuda, por lo que decidió organizar otro concierto. En 1989, se fundó **SANE**, la Sociedad de Amigos del Niño Ecuatoriano, una organización sin fines políticos, religiosos ni de lucro.

Simultáneamente, se creó **SANE Ecuador**, bajo los mismos principios, con el único objetivo de llevar a cabo proyectos de impacto social a través de trabajo de campo. Sin embargo, en el año 2000, debido a diferencias administrativas, SANE Ecuador se separó y dejó de funcionar como organización. Fue entonces cuando se fundó **SOJAE Ecuador** (Solidaridad Japonesa Ecuatoriana para la Educación), con la que han trabajado durante 24 años.

Por su parte, como SANE Japón, han mantenido una labor continua durante 36 años.

## **LOS PRINCIPALES PROYECTOS**

Le pregunto: "¿Cuáles son los principales proyectos que ha llevado a cabo la fundación SANE/SOJAE a lo largo de los años?"

José responde con emoción: "Nuestro trabajo incluye una amplia variedad de proyectos. Hemos realizado más de doscientas obras de construcción, mantenimiento y restauración de aulas, baterías sanitarias, cocinas y comedores en las comunidades indígenas cercanas a Cayambe y Tabacundo. También hemos trabajado en la zona de Cuellaje, Intag. Además, hemos llevado a cabo proyectos de reforestación utilizando especies como yagual, polilepis, árbol de papel, cholán y retama en las comunidades cercanas a Cayambe, San Pablo Urco, Pisambilla, Cangahua, entre otras".

Toma un respiro y luego añade: "Otro de nuestros proyectos importantes ha sido la creación de barreras contra el viento utilizando yagual, lo cual ayuda a proteger los cultivos y las viviendas de la zona. También hemos impulsado huertos escolares para recuperar la cultura agraria de las comunidades y fomentar la autosuficiencia alimentaria".

“En el ámbito educativo”, agrega José, “contamos con un programa de becas que actualmente apoya a 36 estudiantes, 18 en Cayambe y 18 en Quito, a quienes proporcionamos una ayuda mensual de 40 dólares. Estas becas no son reembolsables y el objetivo es apoyar el desarrollo académico de los alumnos sin que estos tengan que preocuparse por el costo”.

Se acomoda en el sillón y concluye: “También ofrecemos cursos de soldadura, carpintería y calado artístico en la escuela Humberto Fierro en San Pablo Urco y en la comunidad Compañía Lote Dos, con el fin de brindar a los jóvenes habilidades técnicas que les permitan mejorar sus oportunidades laborales y personales”.



José Almeida y Doris Rueda

Le pregunto: "¿Cuáles han sido los logros más significativos de la fundación SANE/SOJAE a lo largo de estos años?"

José responde con entusiasmo: "Desde que comenzamos el programa, más de 330 de nuestros becarios se han convertido en profesionales: ingenieros, doctores, economistas, maestros e incluso uno de nuestros ex becarios está terminando su PhD en vulcanología. A pesar de que no somos una

organización grande, hemos entregado al país más de \$2.000.000 en obras a lo largo de los años.

Durante estos 36 años, nuestro trabajo se ha financiado principalmente con dinero del pueblo japonés, a través de un sistema de ayuda de pueblo a pueblo, sin la intervención de los gobiernos de Ecuador ni de Japón. Hace 4 años, por primera vez, trabajamos con fondos de JICA, la Agencia de Cooperación Internacional de Japón, en un programa de autosuficiencia alimentaria en la escuela Humberto Fierro, en la comunidad de San Pablo Urco. Actualmente, seguimos expandiendo este proyecto con fondos provenientes de Ajinomoto Japón y Lush Japón".

### **SITUACIÓN ACTUAL**

Le pregunto: "¿Cuáles son los principales desafíos financieros que enfrenta actualmente Sojae debido a la devaluación del yen?"

José responde con una expresión de inquietud: "La devaluación del yen ha afectado gravemente nuestro presupuesto, ya que Sojae Ecuador se financia con dinero enviado desde Sane Japón. Sus miembros, todos voluntarios, recaudan fondos organizando eventos, contribuyendo con 3000 yenes por mes, y vendiendo artesanías ecuatorianas, café de Intag y chocolates del Salinerito. La devaluación ha obligado a Sane Japón a conseguir más miembros, lo que es cada vez más difícil debido a la situación económica de Japón. El año pasado, nos notificaron que, a partir del próximo año fiscal, recibiremos 5.000 dólares menos por año".

"¿Cómo ha impactado esta disminución de fondos en la ayuda que reciben los estudiantes becados?", le pregunto.

José, visiblemente preocupado y gesticulando con las manos, responde: "Nos vimos obligados a reducir la ayuda que brindamos a los estudiantes becados, pasando de 40 a 25 dólares por mes. Para mitigar esta situación, el año pasado creamos un grupo de apoyo aquí en Ecuador, que actualmente cuenta con 50 miembros que contribuyen con 10 dólares mensuales, con el objetivo de mantener los 40 dólares que los estudiantes recibían previamente".

Le pregunto: "¿Qué otros retos económicos enfrenta la organización actualmente y cómo planean afrontarlos?"

José responde con seriedad: "Otro desafío importante que enfrentamos es un déficit de 4500 dólares que proyectamos para el próximo año fiscal. Para cubrirlo, necesitamos ampliar nuestro grupo de apoyo. Además, uno de los problemas más urgentes es garantizar la sostenibilidad de nuestro programa de autosuficiencia alimentaria, cuyo objetivo es proporcionar una nutrición adecuada a los niños de las comunidades. Este programa busca crear un modelo de independencia alimentaria que pueda ser replicado en otras escuelas rurales. Aunque hemos recibido el apoyo de Ajinomoto Japón para financiar parte de este proyecto, esa ayuda finalizará en marzo del próximo año para la escuela Humberto Fierro en San Pablo Urco y hacia finales de ese año también terminará para la escuela de la comunidad La Concepción".

Manifiesta que para asegurar la sostenibilidad del programa, necesitan crear un modelo que incluya contribuciones locales que puedan reemplazar el apoyo de Ajinomoto. Eso les permitirá continuar brindando asistencia a las comunidades y asegurar que sus proyectos se mantengan en el tiempo.

Antes de terminar la entrevista le pregunto: "¿Cómo podemos ayudar?"

José cierra los ojos por un momento y luego responde: "Lo primero que pueden hacer los lectores es compartir esta entrevista con sus familiares y amigos, para que las personas tomen conciencia de nuestras iniciativas. Además, pueden unirse a nuestro grupo de apoyo con una contribución mensual de 10 dólares, lo cual nos permitirá seguir financiando los programas educativos y alimentarios".

Con una mirada de gratitud, José concluye: "Cada aporte cuenta y, con el esfuerzo de todos, podemos seguir cambiando vidas y generando un impacto positivo en las comunidades más necesitadas". Apenas termina la entrevista, Sue, la esposa de José, me invita a un desayuno, el cual disfruto con gran aprecio.

Me despido de José Almeida Rodríguez con profunda admiración, reconociendo su incansable labor al frente de su fundación, la cual ha hecho una diferencia significativa en las comunidades, siempre desinteresada y guiada por una honestidad ejemplar. Su fundación refleja claramente su integridad, siendo un espacio donde la corrupción no tiene cabida. Si tuviéramos más líderes como José Almeida Rodríguez, se podrían transformar aún más vidas, ofreciendo oportunidades a quienes más lo

necesitan y demostrando que, con esfuerzo y compromiso, es posible generar un cambio real en la sociedad ecuatoriana..

## LUCRECIA MALDONADO

### ENTRE PALABRAS Y CREACIÓN



**H**oy me dirijo al norte de Quito para entrevistar a la escritora y educadora ecuatoriana Lucrecia Maldonado, nacida el 24 de mayo de 1962 en Quito. Al llegar a la Urbanización Jardines de Carcelén, me dirijo hacia su casa. Me recibe con una cálida sonrisa, mostrándome una hospitalidad que inmediatamente me transmite confianza. La casa es pequeña y acogedora, llena de detalles que reflejan su personalidad. El ambiente es tranquilo, lo que hace que me sienta bienvenida de inmediato.

Al entrar, Lucrecia me ofrece un café, una invitación que acepto, agradecida por el gesto. Mientras lo prepara, no puedo evitar reflexionar sobre su impresionante trayectoria que ha dejado una marca indeleble en la literatura ecuatoriana, destacándose en los géneros de cuento, novela y literatura juvenil. Su novela *Salvo el calvario* le otorgó el prestigioso Premio Aurelio Espinosa Pólit en 2005 y a lo largo de su carrera ha explorado con profundidad temas como la familia, la amistad y las complejas emociones humanas, capturando la esencia de la experiencia cotidiana.

El café está listo y ahora nos sentamos en el comedor, un lugar cálido que invita a la conversación. Le pregunto sobre sus inicios como escritora: ¿cómo se dio cuenta de que la escritura sería una parte esencial de su vida?

Recuerda con mucho cariño el libro *Platero y yo*, que leyó en primer curso de secundaria. Esa obra la marcó profundamente, pues en ese momento comprendió que las palabras no solo servían como medio de comunicación, sino que eran un vehículo capaz de crear algo tan hermoso y cargado de significado. Fue su primer encuentro consciente con la escritura como una forma de arte.

Además, el despertar de su imaginación tiene sus raíces en su abuelita, una mujer que no pudo cursar la secundaria, pero que era una ávida lectora y una narradora excepcional. Ella le contaba historias fascinantes sobre la familia, relatos sagrados y cuentos de todo tipo, que despertaron en Lucrecia una profunda admiración por el poder de las palabras. Esas narraciones alimentaron su imaginación y la inspiraron también a contar sus propias historias.

Le pregunto si realiza una investigación antes de comenzar una obra. Me mira detenidamente y sus ojos se iluminan al instante mientras responde: "Claro que sí. Por ejemplo, en mi novela *Salvo al calvario*, hay un personaje que sufre de leucemia en estado terminal. Investigué profundamente sobre la enfermedad, tanto que llegué a sentirme como una hematóloga empírica. Me sumergí en cada detalle, buscando comprender lo que realmente experimenta un ser humano en esa situación. Lo mismo me ocurrió en *Un piano en la oscuridad*, donde investigué sobre la eugenesia en la Alemania nazi, para poder comprender las implicaciones filosóficas y científicas detrás de esos actos. Y en *Mariposas de piedras*, que aborda la figura de un vampiro en Quito, me adentré en las creencias populares sobre cómo se transforma un ser humano en un vampiro. Cada historia me exige una inmersión profunda, porque, para mí, la investigación no es solo un requisito, sino una forma de conectar con la esencia de los temas que trato".



Lucrecia Maldonado y Dorys Rueda

Le comento que cada escritor tiene su propia manera de organizarse para facilitar su proceso creativo. Le pregunto si tiene alguna rutina o espacio especial para concentrarse. Sonríe con sinceridad y me dice: "Mi proceso es un poco caótico, pero funciona". Explica que suele escribir en su escritorio, en su habitación, y aunque el desorden parece ser su compañero constante, lo importante es que se dedica a escribir todos los días. "Eso es lo esencial", señala con énfasis, "hacerlo todos los días".

Le pregunto entonces si, antes de escribir, piensa en el público joven al que se dirige. "No", me responde. "Las ideas simplemente surgen y en ese momento sé que eso es para jóvenes". Luego, con tono juguetón, añade: "Siendo maestra, me he vuelto experta en entender lo que pasa por la cabeza de los chicos". Con alegría me cuenta que su experiencia en las aulas le ha permitido conocer profundamente las emociones y situaciones que atraviesan los adolescentes, algo que considera una verdadera mina de oro.

"Es como tener acceso directo a un montón de historias sin tener que buscarlas demasiado", concluye.

Le pregunto si alguna experiencia personal le ha ayudado a configurar los temas y personajes de sus obras. Sonríe con picardía y responde: "Se dice que todo escritor se escribe, ¿no? Pues un amigo me decía que me reconoce mucho en los cuentos que escribo". Luego, se detiene un momento, pensativa, y agrega: "Es cierto que la producción literaria refleja algo del autor, pero no todo, ¡por suerte!" Aprieta sus manos y continúa: "Porque si fuera todo, imagínate, ya no sería literatura, sería terapia y en ese caso, mejor le cuento mis cosas a una amiga." Nos reímos juntas y ella concluye: "La clave está en que la esencia del autor siempre se cuela, pero lo que realmente importa es todo lo que viene con la ficción, con la imaginación. ¡Ahí es donde empieza la magia!"

Luego, me confiesa que prefiere escribir narrativa a poesía y que lo que menos ha escrito es para niños. "Solo tengo dos libros dirigidos a ellos", comenta mientras se sirve una galleta. "Uno se llama *Cuando se apaga la luz* y el otro *La gatita enfermera*".

Le pregunto cómo mantiene su conexión emocional con una obra a lo largo del proceso de escritura, especialmente si la novela o el cuento se extiende por un largo período. Me cuenta que con los relatos no se tarda mucho en escribir. "Cuando me siento, ya lo tengo listo en la cabeza, solo tengo que decidir qué palabras usar para terminar el cuento", dice con una sonrisa. "Eso me lleva unas dos horas". Luego, se pone más seria y agrega: "Pero con la novela es otra historia. Ahí sí que hay que sentarse todos los días a trabajar para evitar el bloqueo creativo". Recuerda que su novela *Mariposas de piedras* le llevó casi un año y medio, durante la pandemia y a veces parecía que no iba a terminar el libro, pero al final todo salió bien.

Le pregunto cómo maneja el proceso de reescritura, cómo lo aborda. Mirándome fijamente me responde que suele hacerlo mientras va escribiendo, ajustando el texto sobre la marcha. "Voy corrigiendo al mismo tiempo que avanzo", explica, "pero también creo que es crucial darle tiempo al texto. Lo dejo reposar durante una semana, tomo distancia y luego lo reviso con una nueva perspectiva, para modificar lo que sea necesario". Luego añade: "Cuando considero que está listo, lo envío a la editorial. Pero a veces, incluso cuando ya está publicado, me doy cuenta de

que pude haber añadido algo más o encuentro palabras repetidas que ni yo ni el editor notamos”.

Le comento que para mí todo libro es un desafío. Ella concuerda conmigo y señala: "En mi caso el desafío más grande fue mi primera novela, fue toda una prueba, Siempre había escrito cuentos, pero nunca una novela. Cuando comencé, sí que me costó. Escribí el inicio de distintas maneras y varias veces, como si estuviera probando diferentes recetas, pero nada funcionaba, hasta que un día me pregunté: “¿Por qué no retomo la novela de otra forma?” Así lo hice y dejé que los personajes hablaran en lugar del narrador omnisciente. Fue entonces cuando todo empezó a encajar”.



Le pido que nos hable de su primer libro, *Bip-bip*, y del premio "J.C. Coba" que ganó en 2008. Me cuenta que se trata de un libro que reúne 12 cuentos dirigidos a jóvenes lectores, enfocados en sus momentos más intensos. "Escribía un cuento cada día sobre los estados límite de los chicos", explica, mientras sus manos se mueven animadamente, como si quisiera capturar la emoción de esos momentos. "Lo envié por correo el último día del año, pero como era época de festividades de Año Viejo, todo era un caos. Mandar el libro fue una verdadera odisea y nunca pensé en el premio. Luego, sonrío al recordar lo que sucedió después: "Más tarde, alguien me llamó para decirme que había ganado y me pidió que, cuando me lo dijeran,

fingiera sorpresa". Con tono alegre, añadió: "Resulta que solo escritores de Argentina y España habían ganado, porque era un concurso internacional. Fui la primera ecuatoriana en llevarse el premio".

Le pregunto qué temas aborda en *Salvo el calvario* y *Las alas de la soledad*, y qué mensaje espera transmitir a sus lectores a través de estas obras. Me responde que ambos libros exploran la diversidad sexual, aunque aclara: "Pueden pensar que soy LGTI, pero no lo soy. Lo sería y no habría ningún problema, pero no es el caso". Luego, reflexiona un momento y agrega que, a menudo, la crítica sobre estos libros ha sido reduccionista debido a la temática que abordan, limitándose a etiquetarlos por su enfoque en la diversidad sexual. " Se ha dicho que esos libros son solo eso, pero en realidad son mucho más que un tema", señala, colocando su mano en el mentón con gesto pensativo. "Salvo el calvario es una obra sobre el amor, la amistad y la juventud, y cómo las situaciones límite obligan a los chicos a redefinir su lugar en el mundo. Es una reflexión sobre cómo las circunstancias extremas pueden transformar nuestra visión de quienes somos y lo que aspiramos a ser".

En cuanto a *Las alas de la soledad*, explica que la obra se enfoca en el poder de la creación y la poesía como medios para superar las dificultades de la vida. "La creación artística se convierte en un refugio, un espacio donde podemos apoyarnos para crecer como seres humanos. A través de la poesía, hallamos una forma de sanar y transformar el dolor en algo hermoso", comenta con convicción. "Mi mensaje es que, a veces, la verdadera fuerza radica en nuestra capacidad de crear, en encontrar belleza incluso en los momentos más oscuros", agrega. "Esta novela ha sido publicada en varios países de Latinoamérica y ha formado parte del Plan Nacional de Lectura de Colombia".

Para finalizar la entrevista, le pregunto qué proyectos literarios tiene en mente para el futuro. Me cuenta que tiene varios libros de cuentos en proceso y que está reuniendo algunos relatos para niños que ha escrito a lo largo de los años. Además, tiene el proyecto de una novela corta. "Quiero también reunir toda mi poesía y publicarla", dice con una sonrisa. Sin embargo, añade con humildad: "No me considero poeta. Creo que la poesía es un género que exige una perfección casi absoluta, o es perfecta o no lo es. Es un arte que requiere una precisión y una pureza que me resultan desafiantes". Con una mirada pensativa, concluye: "Me siento más cómoda

como narradora, donde puedo dar rienda suelta a la imaginación y construir mundos completos.

Es momento de despedirnos. Mientras nos dirigimos hacia la salida, seguimos platicando sobre sus proyectos y su pasión por la escritura. La despedida es cálida, marcada por la gratitud del tiempo compartido. Ha sido un verdadero placer conocer a Lucrecia Maldonado, profundizar en su proceso creativo, explorar sus obras y entender mejor su visión literaria. Nos despedimos con un abrazo, sabiendo que, aunque la entrevista haya llegado a su fin, la conversación sobre arte, literatura y vida sigue flotando en el aire, lista para continuar en cualquier momento.

## LUIS FERNANDO REVELO

### ENTRE LA MEMORIA Y EL PORVENIR



**C**ada semana emprendo con entusiasmo el viaje hacia mi querida provincia de Imbabura. Allí entrevisto a personajes cuyas trayectorias han dejado una huella profunda en sus comunidades y, en muchos casos, han traspasado las fronteras con su trabajo y legado.

Esta semana, sin embargo, el destino me sorprendió con una grata coincidencia: el personaje que tenía previsto visitar no se encuentra en su lugar habitual de residencia, sino aquí, en la capital. Ha venido acompañado de su familia, y yo aprovecho esta valiosa oportunidad para entrevistarlo y, a través de su voz, acercarme al pulso vivo de la cultura imbabureña.

La tarde en Quito acompaña este encuentro con generosidad. Nos regala uno de esos cielos despejados que parecen dibujados con lápices de luz: el aire es tibio, la brisa suave y el verano se presenta amable, casi cómplice. A las 16:30 en punto, Luis Fernando Revelo llega a mi casa junto a su familia: su esposa, su hija y sus dos nietos. Su presencia, sencilla y cordial, se integra con naturalidad a la serenidad de la tarde.

Los recibos con gusto y, luego de algunos minutos de bienvenida, invito al magíster a pasar al comedor. Nos acomodamos con la calma que propicia el clima y con el deseo compartido de recorrer, a través del diálogo, los hitos de su trayectoria institucional. La atmósfera es propicia, el ambiente distendido.

Frente a mí está un hombre cuya vida ha estado íntimamente ligada a la educación, la gestión cultural y el servicio público. Nacido en Ibarra en 1961, fue el mejor estudiante de su escuela, abanderado durante seis años consecutivos en el colegio que ayudó a fundar, y posteriormente licenciado en Física y Matemática por la Universidad Central del Ecuador. Posee títulos de posgrado en docencia universitaria, inteligencia emocional y gerencia educativa. Ha sido rector, vicerrector, catedrático universitario, director provincial de Educación y presidente de diversas entidades culturales.

Desde hace más de doce años está al frente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura. Es autor de numerosos opúsculos publicados en la colección *Tahuando*, articulista de prensa desde 1985 y ha recibido múltiples condecoraciones por su trayectoria.

Antes de iniciar la entrevista, le ofrezco una bebida caliente, como un gesto sencillo que marca el inicio del diálogo. El magíster agradece con una sonrisa serena y, mientras sostiene la taza entre las manos, se instala una atmósfera de confianza que parece propicia para la conversación. Entonces, formulo la primera pregunta:

—Magíster Revelo, lleva usted más de doce años al frente de la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura. ¿Cómo describiría este extenso y desafiante recorrido?



Se toma un momento antes de responder. Su mirada es serena y su tono, firme pero pausado.

—Sin duda alguna, ha sido un período fructífero —responde—, marcado por la confianza de los miembros correspondientes del Núcleo, de artistas y gestores culturales que creyeron en nuestra propuesta, en el profesionalismo con que asumimos la gestión y en nuestra mística de servicio. Ha sido también una etapa de continuidad, donde se ha procurado sostener la obra de quienes nos antecedieron, fortaleciendo una Casa de Cultura abierta, incluyente y sin distinciones de credo político ni religioso.

Lo escucho hablar sin prisa, con la claridad serena de quien ha recorrido ese camino con profundidad. No hay énfasis forzados ni frases prefabricadas; mientras responde, se percibe más el deseo de compartir que la intención de persuadir.

Entonces, guiada por el hilo de su relato, formulo una nueva pregunta:

—¿Qué le motivó a asumir este compromiso en el año 2012 y qué le ha impulsado a mantenerse tantos años al frente de una institución con tanta historia?

El magíster Revelo entrelaza los dedos sobre el escritorio, se inclina ligeramente hacia adelante y responde con firmeza.

—Después del período fecundo de los “tres grandes ases de la cultura”: Luis Andrade Galindo, Hernán Jaramillo Cisneros y Marcelo Valdospinos Rubio —explica con tono tranquilo—, era imprescindible dar continuidad a la magna obra del Complejo Cultural Pilanquí. Luego vinieron los retos: mantener en alto el bien ganado prestigio de la Casa, defender con firmeza su autonomía y su institucionalidad, justo cuando se gestaba una nueva Ley Orgánica de Cultura y ciertos oportunistas intentaban arrasar con esta joya del pensamiento y del arte.

Mientras lo escucho, observo la naturalidad con la que responde cada pregunta. Su postura es relajada, su actitud, abierta y atenta. Entonces, avanzo hacia un tema inevitable.

—¿Cuáles han sido los cambios más importantes que ha logrado implementar en la Casa de la Cultura durante su dirección?

Responde con una sonrisa leve, de esas que nacen no del entusiasmo, sino del deber cumplido:

—Destacaría varios —dice con entusiasmo—. El diálogo entre culturas ha sido fundamental. Hemos procurado un acercamiento real con los artistas y gestores culturales, dándoles espacio a través de nuestras programaciones habituales. En ese proceso, hemos trabajado por desterrar etiquetas como “elitistas, racistas o alejados de la contemporaneidad”. Además, dimos un salto importante hacia lo digital, abriendo nuevas vías para la difusión y participación cultural.

Mientras lo escucho, pienso en lo complejo que puede resultar, dentro de una institución con historia, abrir paso a nuevas formas de habitar la cultura sin desarraigar lo heredado. Romper con etiquetas, ampliar espacios y dar lugar a otras voces no se resuelve solo con voluntad administrativa: exige sensibilidad, constancia y una visión que no tema al cambio. Quizá por eso la transición hacia lo digital no fue únicamente una adaptación técnica, sino también una manera de ensanchar el diálogo, de evitar que la cultura se vuelva estática o insensible ante el pulso de su tiempo.



Es momento de dirigir la mirada hacia los logros concretos de su gestión cultural, aquellos que han dejado huella visible en la institución y en la comunidad. Le pregunto:

—¿Podría compartir con nosotros los logros más significativos de su gestión en términos de publicaciones, exposiciones, festivales o programas formativos?

Hace una breve pausa antes de responder, como si repasara una lista construida con años de trabajo:

—Modestia aparte —dice con tono alegre—, este ha sido el único Núcleo en el país que, de forma sistemática, abrió plazas de trabajo semanales para artistas y gestores culturales, tanto de la provincia como de otras regiones. Lo hicimos a través de los Martes Culturales, las exposiciones mensuales de pintura, escultura y fotografía, y mediante conferencias magistrales de alto nivel.

Admite que sostener una línea editorial activa en un tiempo donde se vaticina el fin del libro impreso no ha sido una tarea sencilla. Incluso, comenta sin rodeos, en medio de coyunturas políticas recientes, ha habido propuestas que buscaban desmantelar esta línea de acción. Sin embargo, el proyecto editorial ha persistido como un pilar de su gestión.

—A través de nuestras publicaciones —continúa— hemos fortalecido la investigación y el arte de leer y escribir. Con el programa *Bibliotecas Activas* y otras iniciativas, generamos espacios especialmente dirigidos a niños y jóvenes. Así nacieron los *Cuentos infantiles*, la revista juvenil *Colibrí* —una voz para una juventud libre, pensante y soñadora—, la colección *Microbiografías*, que pone en primer plano a nuestros artistas y gestores, y la serie *Pichaví*, dedicada a escritores contemporáneos. Además, hemos sostenido colecciones consolidadas como *Tahuando*, *Carangue* y *Palabra de Mujer*.

En este momento, quise detenerme en un tema esencial para cualquier proyecto con vocación de permanencia:

— ¿Cuál ha sido su estrategia para preservar la memoria cultural y, al mismo tiempo, fomentar nuevas expresiones artísticas?

El magíster escucha con atención la pregunta y responde inmediatamente:

—Sin lugar a duda —afirma—, la memoria cultural es lo que permite que una sociedad perviva a través del tiempo. Desde el Núcleo, hemos abierto un amplio campo de investigación orientado a conservar los vestigios del pasado y darles sentido en el presente. Como decía Simón Bolívar: “Un pueblo ignorante de su pasado es un instrumento ciego de su propia destrucción”.

Hace una breve pausa, como para subrayar el valor de lo que va a decir:

—Durante nuestra gestión se creó el Museo de la Llegada del Ferrocarril a Ibarra, un hito que marcó la modernidad en la provincia. Hoy contamos con tres museos y tres salas de arte, que son motivo de orgullo para los imbabureños. En el frontis de la biblioteca mandamos a esculpir bustos de las figuras emblemáticas del Núcleo, como una forma de rendir tributo a quienes dejaron huella. Sus rostros nos hablan con un lenguaje de eternidad.

Mientras enumera, su mirada se mantiene serena. No hay alarde, solo la firme intención de dejar constancia.

—Con el apoyo de distinguidos miembros del Núcleo y de la Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”, impulsamos la colección *Historias, crónicas y relatos*, una serie de seis volúmenes que prolonga el legado de la *Monografía de Ibarra*. Además, creamos el periódico *Talento Manual*, con

ocho ediciones, para acercarnos a parroquias y cantones. Allí documentamos la historia, leyendas, costumbres ancestrales, patrimonio tangible e intangible, arte, gastronomía, artesanías y la participación de grupos artísticos locales.



Hace un gesto breve con la mano, como quien desea cerrar el punto con claridad:

—Creemos que la memoria no debe ser un museo cerrado, sino un puente para nuevas formas de creación. Solo así la cultura sigue viva.

Mientras lo escucho, asiento también, convencida de que conservar la memoria no es un gesto nostálgico, sino una manera de proyectarnos hacia el futuro. Toda creación que perdura nace, en el fondo, de un respeto profundo por lo que fuimos.

—¿Cómo ha trabajado con artistas y gestores culturales jóvenes durante estos años? ¿Cree que existe un relevo generacional en la gestión cultural imbabureña?

El magíster Revelo se recuesta ligeramente en la silla, como quien se permite un respiro para hablar desde la convicción:

—Jóvenes y niños siempre han tenido una opción preferencial en el Núcleo —dice, entrelazando las manos sobre la mesa—. Se les ha brindado espacio en los Martes Culturales, en las muestras pictóricas, en los Casatalleres

vacacionales, en la revista juvenil *Colibrí*, en las publicaciones de cuentos infantiles y en los talleres permanentes de pintura, ballet, música, danza y teatro, entre otros.

Hace una breve pausa y luego continúa:

—El talento juvenil no solo ha participado, sino que ya forma parte activa de la membresía del Núcleo. Siempre hemos pensado en el relevo generacional. Ellos son el presente y el futuro de la entidad. Nosotros solo estamos de paso.

Dice estas últimas palabras con una sencillez que no suena a despedida, sino a conciencia de ciclo. No hay solemnidad, solo la certeza de que la cultura —si quiere seguir viva— debe ser compartida y traspasada.

Le planteo ahora una inquietud que apunta al corazón mismo de su gestión:

—En estos tres períodos que usted ha estado al frente de la Institución, ha atravesado distintas etapas: políticas, sociales, económicas y tecnológicas. ¿Cómo ha logrado que la Casa de la Cultura permanezca vigente?

El magíster Revelo inclina ligeramente la cabeza, como quien busca las palabras justas para resumir años de trayectoria. Luego, responde:

— Siempre hemos mirado en horizonte y hemos tomado el lado positivo de las cosas. Hemos soñado con Eduardo Galeano en la utopía: “La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar”. Y prosigue, sin elevar la voz, pero con firmeza:

—Caminamos en medio de una nueva Ley Orgánica de Cultura que exige reformas urgentes. Caminamos sintonizando con la contemporaneidad, pese a serias restricciones económicas. Con un presupuesto irrisorio — doscientos mil dólares anuales para toda la provincia—, manejado con absoluta transparencia, hemos hecho verdaderos prodigios. También caminamos aprovechando las plataformas digitales para posicionar el nombre de nuestro Núcleo a nivel nacional e internacional. ¡Hoy tenemos verdadera presencia!

Me ronda una pregunta que mira hacia adelante, más allá del presente inmediato:

—**¿Qué visión tiene para el futuro del Núcleo de Imbabura?**

El magíster Revelo fija la mirada en la distancia, como recordando y responde:

— La Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Imbabura, ha sido fiel a su ideario fundacional. Contamos con un Complejo Cultural que alberga un museo al aire libre, una sala de cine, tres museos, 3 salas de arte. Nuestra visión, con las debidas alianzas estratégicas, es insertarnos como un polo dinámico de desarrollo del turismo en nuestra provincia. Glosando las palabras del egregio Velasco Ibarra podríamos decir: “Si antes el Ecuador era conocido en el exterior por Espejo, Olmedo, Montalvo, hoy el Ecuador, nuestra provincia, deben ser conocidos en el mundo por nuestra Casa de la Cultura...”

—¿Qué ha aprendido usted sobre sí mismo a lo largo de estos tres períodos como director de la CCE?

La respuesta llega sin titubeos:

— Aprendí a no ser confiado. En mi naturaleza siempre está el ayudar, el tender la mano a quien lo necesita. Ayudé a muchos, pero a la vuelta de la esquina, algunos me dieron el espaldarazo. La ingratitud floreció igual que la parábola de la rana y el escorpión. Aprendí lo que decía el gran maestro vasco don Miguel de Unamuno: “La cultura no te da pan, sino levadura”. Eso en buen romance castellano significa que la cultura no te da alimento sólido directo, pero sí te equipa de los factores fundamentales para crear, crecer y transformar. Lo que hace la levadura en la masa: elevar y transformar.

La conversación ha finalizado. Le expreso mi sincero agradecimiento por su generosa disposición de acudir a mi hogar y abrirnos las puertas de su trayectoria.

Al despedirnos, un abrazo firme y entrañable sella no solo la visita, sino también ese pequeño pacto de afecto, gratitud y memoria que deja la cultura cuando se comparte desde la palabra y el corazón.

## CARLOS VALENCIA

### ENTRE LA ACTUACIÓN Y LA GESTIÓN CULTURAL



**U**n miércoles por la mañana, me dirigía al centro norte de la ciudad de Quito, llena de expectativa, pues estaba a punto de entrevistar a Carlos Valencia, uno de los actores más destacados de Ecuador. Nacido en Manta, Manabí, en 1965. Lo recuerdo especialmente por su interpretación magistral en *Ratas, ratones y rateros*, la película dirigida por Sebastián Cordero que marcó un hito en el cine nacional y sigue siendo una de las más memorables.

Llegué al lugar del encuentro, una acogedora cafetería en el Centro Comercial Iñaquito y poco después apareció Carlos. A diferencia de otros actores cuya personalidad a menudo se ve envuelta en una capa de vanidad y ego, él irradiaba una sencillez que contrastaba profundamente con la fama que lo precedía. Al sentarnos y comenzar a charlar, sentí que la conversación prometía ser mucho más que una simple entrevista. Estaba a punto de adentrarme en los recuerdos y experiencias de un hombre que ha dejado una marca indeleble en la historia del cine ecuatoriano.

## DE LA TRINCHERA A MALAYERBA

Le pregunto cómo nació su pasión por la actuación y, mientras me observa atentamente, puedo percibir la calma en su rostro. Tras unos segundos de silencio, responde con tranquilidad: “Fue en el colegio”. Luego, cierra los ojos, como si reviviera ese momento tan significativo y continúa: “En el colegio 5 de Junio en Manta, el profesor Bolívar Andrade Arévalo, quien tenía una profunda pasión por el arte escénico, decidió formar un grupo de teatro para participar en el Festival Flor de Septiembre, un evento que celebraba el teatro, la danza y la poesía. Un amigo que formaba parte del elenco me invitó a unirme. Acepté, porque la idea de estar en un escenario y vivir la experiencia de interpretar un personaje me parecía algo grandioso. Al concluir el festival, impulsados por nuestro entusiasmo y la iniciativa del maestro, nació el grupo de teatro *La Trinchera*, con el propósito de trascender más allá de las aulas y sembrar el arte teatral en la ciudad”.

Intrigada, le pregunto cómo fue la transición de *La Trinchera* a *Mala Yerba*, el renombrado colectivo teatral de Quito. Su respuesta llega cargada de nostalgia: “Unirme a Mala Yerba fue crucial en mi formación. Es allí donde realmente di mis primeros pasos en el mundo de la actuación. La experiencia fue muy intensa, especialmente en cuanto a la interpretación. Además, el cambio de la Costa a la Sierra representaba un gran desafío, tanto a nivel personal como profesional. Era un cambio de vida significativo, pero sabía que era una oportunidad única. Comprendía que el aprendizaje venía acompañado de sacrificios: tiempo, distancia de la familia y, por supuesto, de ciertos sacrificios económicos”.

A lo largo de su carrera, Carlos ha demostrado una versatilidad notable, incursionando en diversos géneros. En 1993, participó en la famosa serie de televisión *Los Sangurimas* de Ecuavisa. Un año después, en 1994, interpretó un papel secundario en *Entre Marx y una mujer desnuda*, una película dirigida por Camilo Luzuriaga que exploraba los dilemas existenciales de la sociedad ecuatoriana.

A propósito de los diversos roles que ha interpretado, surge mi pregunta: “¿Cuál ha sido el papel más desafiante de su carrera?”. Carlos, pensativo, frota suavemente su mano, como si estuviera buscando las palabras exactas para responder. Finalmente, levanta la mirada y, con una expresión profunda, responde: “El personaje de Vicente en la película *Vale todo*, porque implicó casi un año de preparación. La historia trata sobre un albañil

con talento para la lucha. La preparación del personaje fue exhaustiva: recibí clases de artes marciales y un entrenamiento físico intensivo durante ocho meses. A eso se sumó la etapa de rodaje, lo que hizo que el proceso completo se extendiera a lo largo de un año. Fue un desafío enorme, un verdadero riesgo, pero también una oportunidad para trascender como actor y mostrar algo completamente diferente”.

## RATAS, RATONES Y RATEROS



Carlos alcanzó mayor fama y reconocimiento internacional en 1999, gracias a su interpretación de Ángel, un delincuente en la película *Ratas, ratones y rateros*.

El filme retrata la miseria que viven los sectores más empobrecidos de Ecuador. La trama sigue a Salvador, un joven que se ve atrapado en una espiral de delincuencia cada vez más profunda, impulsada por la influencia de su primo Ángel, un exconvicto. El filme causó un gran impacto tanto a nivel internacional como dentro de Ecuador, donde comenzó a proyectarse en dos salas y terminó exhibiéndose en seis durante seis meses. A medida que se proyectaba en distintos festivales, el filme empezó a recibir nominaciones a premios internacionales.

Uno de esos festivales fue el Festival de Cine Iberoamericano de Huelva, en 1999. Sebastián Cordero no pudo asistir, ni la productora, por lo que fue Carlos quien los representó. "Fue un momento muy significativo para mí", manifiesta con una sonrisa amplia: "La película ganó dos premios importantes: Mejor Ópera Prima y Mejor Actor". Este reconocimiento lo consolidó como uno de los actores más destacados de la cinematografía nacional.

Le pregunto cómo se sintió al recibir el premio al Mejor Actor. Su rostro se ilumina con una amplia sonrisa mientras responde: "Estaba en el hotel cuando me llamaron para asistir a una rueda de prensa en la que se anunciarían los resultados. Cuando comenzaron a nombrar a los ganadores, fue un momento emocionante. Obtuvimos dos premios: Mejor Ópera Prima y Mejor Actor. Fue algo realmente hermoso. Los medios, los periodistas, la gente... todo se convirtió en un torbellino de emociones. No podía creerlo. Ni siquiera llevaba un traje adecuado para la ceremonia, así que, para la entrega de premios, el equipo del festival tuvo que ayudarme a conseguir uno a última hora. Todo fue tan inesperado. Cuando finalmente regresé al hotel, el teléfono no dejaba de sonar; me llamaban de todos los diarios del país. Fue una experiencia abrumadora, pero también sumamente gratificante".

Este año se cumplen 25 años del estreno de *Ratas, ratones y rateros*, así que le pregunto cómo se siente al recordar el impacto que tuvo y sigue teniendo este filme. Carlos, mirándome fijamente, responde: "Me siento nostálgico. Fue una película con una narrativa sencilla, pero profundamente humana, que nos mostró cómo éramos realmente. Presentaba personajes arquetípicos, como el serrano y el costeño, cada uno con sus características propias, pero todos, de alguna manera, representando la realidad de nuestra sociedad. Esa película logró conectar con la gente porque tenía algo importante que decir en su tiempo. Fue un proyecto dirigido por un cineasta de la talla de Sebastián Cordero, lo que le dio una dimensión única".

Carlos sigue reflexionando: "Cuando hicimos la película, no sabíamos que tendría el impacto que alcanzó, pero estábamos convencidos de que era una historia genuina, muy cercana a la realidad del país, que podía impactar al público porque retrataba temas ecuatorianos nuestros desde una perspectiva muy auténtica".

## LA MISMA SANGRE

Esta obra de teatro llega 25 años después del estreno de *Ratas, Ratones, Rateros*, dirigida por Sebastián Cordero. En ella, los icónicos personajes de la película reviven, llevándonos a un reencuentro lleno de drama, humor y una reflexión profunda sobre la identidad, el paso del tiempo y las tensiones sociales que siguen marcando al país.

Carlos comenta: “Lo más fascinante de esta obra es cómo Sebastián Cordero logra crear un espacio donde se exploran valores, miedos y aspiraciones que, de manera sutil, se transmiten entre familias y comunidades, ofreciendo un retrato honesto de nuestra sociedad. Es un espejo de nuestra realidad, un recordatorio de quiénes somos y de cómo nuestra historia sigue modelando el presente”.



Mientras habla, mueve las manos con entusiasmo, como si quisiera transmitir la emoción detrás de sus palabras. Carlos ha incursionado en diversos géneros, desde telenovelas hasta cine independiente. En 2004, fue el protagonista de la serie *Los HP* de Ecuavisa. Al año siguiente, en 2005, participó en la telenovela *Amores que matan* de la misma cadena. En 2009, asumió el papel principal de Vicente Rodríguez, un deportista, en la película *Fighter* de Roberto Estrella y también fue coprotagonista en *Hacia la*

*oscuridad*. En 2010, se unió al elenco de la telenovela *Mostro de Amor* de Teleamazonas. Finalmente, en 2012, formó parte del elenco de la película *Pescador*, dirigida por Sebastián Cordero.

Le pregunto cómo selecciona los proyectos en los que decide participar. Carlos hace una pausa, saborea una limonada con hielo y luego me responde: “Para elegir un proyecto, lo primero que hago es examinarlo en su totalidad, buscando que tenga un valor artístico auténtico. Si encuentro que la propuesta tiene ese componente, entonces lo elijo. La parte económica es lo último que considero, aunque reconozco que, en el arte escénico, es fundamental encontrar un equilibrio entre la propuesta creativa y el factor económico. El arte siempre debe ser el motor principal, pero también debemos ser conscientes de la realidad económica que sostiene cualquier proyecto

En relación con los proyectos artísticos y de calidad, Carlos expresa su preocupación por la situación actual en el país: “Hoy en día, muchos creadores se centran en propuestas más superficiales, buscando captar rápidamente la atención del público”, comenta. “El énfasis está ahora en temas triviales, que no dejan espacio para una reflexión profunda”, añade, con un tono de tristeza en su voz. Luego concluye: “El arte escénico, que antes era un espacio de reflexión y confrontación de ideas, se ha transformado en un producto diseñado para la inmediatez, destinado únicamente al entretenimiento, y eso ha alterado la esencia de lo que solíamos hacer. Este cambio ha afectado tanto la calidad de los proyectos como la creatividad de los artistas”.

## EL FESTIVAL DE CINE MANABÍ PROFUNDO



Este Festival, fundado por Carlos Valencia, en la ciudad de Manta, es un evento cultural dedicado a promover y reconocer la producción cinematográfica de la región de Manabí, así como de otras partes del país y Latinoamérica.

El festival busca incentivar la creatividad y el talento de cineastas independientes, ofreciendo un espacio para la exhibición y premiación de cortometrajes con enfoque social y cultural. A lo largo de los años se ha consolidado como un referente en el ámbito cinematográfico nacional.

Le pregunto a Carlos cómo surgió la idea de crear este festival y me responde con una gran sonrisa: "La idea nació después de que *Ratas, ratones y rateros* causara un gran impacto tanto en el público como en los creadores. Al terminar la película, regresé a Manta y la gente me preguntaba qué otras películas ecuatorianas se habían proyectado en el país. Era evidente que existía una demanda por conocer más sobre el cine nacional. Fue entonces cuando se presentó la oportunidad de hablar con algunas personas del departamento de cultura de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí. Les propuse realizar una muestra de cine ecuatoriano

que incluyera documentales y cortometrajes, para que la ciudadanía pudiera ver lo que se estaba produciendo en Ecuador. La propuesta fue muy bien recibida. Así que, conversé con algunos amigos del cine y así nació el festival, que ya lleva 16 años. Desde entonces, hemos presentado películas ecuatorianas y también hemos abierto un espacio para el cine internacional".



Carlos Valencia y Dorys Rueda

Carlos toma un respiro y, con una mirada reflexiva, continúa: “Otro aspecto clave de la propuesta fue capacitar a los jóvenes de Manta y la provincia”, dice, añadiendo con entusiasmo: “Hemos creado espacios para talleres en dirección, actuación, sonido... donde muchos jóvenes han tenido la oportunidad de formarse. Con el tiempo, los resultados han sido sumamente satisfactorios. Algunos han logrado establecer sus propias empresas de comunicación, otros han comenzado a incursionar en el cine y varios más se han involucrado en el sector a través de procesos educativos. Además, el festival ha jugado un papel crucial al abrir espacios similares a nivel local, que no solo convocan al público, sino que también lo educan,

promoviendo el consumo del cine ecuatoriano y fomentando una cultura de apreciación cinematográfica en la región”.

## **EVOLUCIÓN DEL CINE EN ECUADOR**

Cuando le pregunto cómo ve la evolución del cine en el país, reflexiona por un momento y me responde con rapidez: “Cuando se creó la Ley del Cine y se implementaron políticas de fomento, hubo un repunte significativo. Pero luego, con los cambios administrativos y la fusión con el Ministerio de Cultura y otras instituciones, el cine ha perdido fuerza y ha entrado en un bache. Actualmente, se produce muy poco en el país. Antes se realizaban entre 20 y 30 películas al año; ahora, las que se estrenan son muy pocas”.

Carlos añade: “En otros países, el cine florece porque existen incentivos claros, pero aquí no los hay. En Ecuador, los cineastas deberían crear propuestas claras y bien estructuradas para presentar al Estado. A su vez, el Estado debería establecer mecanismos de inversión específicos para la cinematografía, que permitan a los creadores desarrollar sus proyectos y asegurar un futuro más sólido para el cine nacional”.

**PADRE HENRY RODRÍGUEZ**

**“SER PESEBRES VIVIENTES”**

**EL VERDADERO LLAMADO DE LA NAVIDAD**



**E**n la comunidad de Bethania, situada en el corazón del Valle de los Chillos en Quito, Ecuador, se levantan dos importantes edificaciones dedicadas a la formación de las futuras generaciones de sacerdotes: el Curso Propedéutico San Luis y el Seminario Mayor San José. Ambos funcionan bajo la dirección de los Padres Operarios Diocesanos en colaboración con sacerdotes del clero secular, conformando un equipo formador dedicado a la preparación integral de los seminaristas.

Hoy tengo el privilegio de conversar con el padre Henry Rodríguez (Honduras, 1982), director del Propedéutico San Luis, una institución clave en la formación de jóvenes que inician su camino hacia la vida sacerdotal.

Al llegar, me recibe un entorno que irradia paz y armonía. Sus hermosos jardines, meticulosamente cuidados, parecen ser un reflejo del propósito y la serenidad que definen este lugar dedicado a la formación espiritual y académica.

Camino lentamente hasta la entrada principal de la casa. Subo los escalones que conducen a la oficina del padre. Allí, me recibe con una sonrisa amable y un abrazo lleno de generosidad. Ese gesto, más que una bienvenida, parece expresar la esencia de su vocación: acompañar y guiar con cercanía a quienes llegan con el corazón abierto. Con ese ambiente de confianza mutua, nos preparamos para iniciar la entrevista.

Le pregunto con interés qué significado tiene la Navidad dentro de la hermandad de los Operarios Diocesanos.

El padre Henry, con un gesto solemne, entrelaza sus manos frente a él. Su voz, clara y sincera, adquiere un tono que invita a la introspección:

“La Navidad nos llama a contemplar el misterio de la encarnación de Dios, un acontecimiento que revela la grandeza de lo humilde. En el nacimiento de un niño frágil y vulnerable, Dios nos muestra su amor en su forma más pura y transformadora. Es en esa pequeñez donde encontramos la manifestación más poderosa de su cercanía y entrega, un acto que nos invita a renovar nuestra fe y nuestro compromiso con los demás”.

Hace una pausa, como si saboreara la profundidad de sus propias palabras y continúa:

“La Navidad nos enseña a descubrir la grandeza de Dios en lo pequeño, en lo sencillo, en lo que el mundo a menudo considera insignificante. Nos llama a detenernos y valorar aquello que el bullicio y las apariencias suelen opacar: la humildad de un recién nacido en un pesebre. Es una invitación a mirar más allá de lo superficial, a contemplar la pureza de la humanidad despojada de pretensiones, y a reconocer que en la fragilidad se encuentra la fuerza transformadora del amor divino. Es un recordatorio de que Dios eligió acercarse a nosotros, no desde el poder ni la grandiosidad, sino desde la sencillez de nuestra condición humana, compartiendo nuestras alegrías,

luchas y esperanzas. En esa vulnerabilidad, Dios revela un poder que renueva, sana y redime”.

Con una mirada fija en un punto distante, añade con voz serena: “La Navidad nos desafía a convertirnos en pesebres vivientes, lugares donde Cristo pueda habitar y reflejarse a través de nuestras acciones. Cada acto de bondad, cada gesto de solidaridad, cada expresión de amor sincero se convierte en un espacio donde la luz de Dios puede brillar con intensidad, llevando esperanza a quienes más la necesitan. En este propósito encontramos el verdadero significado de la Navidad: ser portadores de la presencia divina en el mundo, irradiando el amor que transforma y renueva la vida”.

La idea de convertirnos en auténticos pesebres vivientes, donde la presencia de Cristo pueda reflejarse en nuestro entorno, me toca profundamente. Inspirada por esta reflexión, le pregunto con genuino interés qué papel desempeña San José en la hermandad de los Operarios Diocesanos.

Con un brillo especial en los ojos, responde con entusiasmo:



“San José es el patrón de la hermandad y el primer rector del Seminario, un espacio donde se forma la presencia viva de Cristo en quienes desean

seguirlo. Como artesano, moldeó con amor y cuidado la humanidad de Jesús, dejando una huella indeleble en la vida del Redentor. Aunque a los ojos del mundo su rol parecía secundario, en la historia de la salvación ocupó un lugar fundamental, encarnando en el hogar de Nazaret la virtud del servicio silencioso y la obediencia al plan divino.

Su vida nos enseña que la verdadera grandeza se encuentra en la sencillez, en el amor expresado a través de los pequeños gestos cotidianos. Por eso Jesús es conocido como "el hijo del carpintero," un título que no solo resalta la humildad de su origen, sino que también simboliza la íntima unión entre lo divino y lo humano, entre el cielo y la vida sencilla de los hombres.

Sin embargo, José no era un hombre cualquiera. Descendía de la casa real de David, la dinastía que señalaba el cumplimiento de las promesas mesiánicas. Aunque vivió en el anonimato de una pequeña aldea, su linaje real y su fe inquebrantable lo hicieron el guardián ideal del misterio de la encarnación. Como protector y guía de la Sagrada Familia, nos deja una lección perdurable: el servicio desinteresado y la fidelidad absoluta a Dios son los caminos que conducen a la auténtica grandeza”.

Le pregunto sobre el significado del silencio y la contemplación durante la Navidad, especialmente en un tiempo marcado por el ruido y las celebraciones constantes.

Con calma y profundidad en su mirada, me responde:



"Hay una frase, cuyo autor no recuerdo, que dice: *'El silencio es la sonoridad de Dios'*. Solo cuando logramos acallar el ruido interno podemos escucharnos verdaderamente, conectarnos con nuestros sueños y anhelos, que no son malos si están orientados hacia Dios. Sin embargo, con frecuencia permitimos que nuestro ego tome el centro, buscando ser protagonistas, hambrientos de fama, reconocimiento o premios. El silencio nos invita a reordenar nuestras prioridades, devolviendo a Dios el lugar que le corresponde en nuestra vida. En la quietud del silencio, encontramos la claridad para escuchar su voz y seguir su guía con un corazón renovado".

Las palabras del padre despiertan en mí el deseo de profundizar en el tema, así que le pregunto con interés qué simboliza el nacimiento de Jesús en los tiempos actuales.

Él entrelaza sus manos, reflexiona por un momento y luego, me responde con una pregunta: "¿Se refiere a lo que simboliza o a lo que debería simbolizar?"

Le contesto sin dudar: "Ambas cosas".

Entonces, con un tono pausado, continúa: "Hoy en día, para muchos, el nacimiento de Jesús se ha transformado en una fecha más en el calendario secular. Se asocia principalmente con las vacaciones, las celebraciones, las cenas familiares y los gestos de buena voluntad. Sin embargo, todo esto

suele estar profundamente influenciado por el consumismo, que ha explotado y distorsionado el sentido original de la Navidad, desdibujando su verdadero significado.

La Navidad debería ser un recordatorio del acontecimiento más trascendental en nuestra historia de salvación como cristianos. El nacimiento del Niño Jesús es un llamado poderoso para cada uno de nosotros, invitándonos a reflexionar sobre nuestra responsabilidad como creyentes: ser una encarnación viva y actual de Dios para el mundo.

Cada vez que contemplemos al Niño, debemos recordar que usted, yo y todos los que creemos en Cristo estamos llamados a comprometernos a ser un reflejo de su presencia. Que nuestra vida sea un testimonio tan claro y auténtico que quienes nos rodean puedan decir *Dios está en medio de nosotros*".

Hace una pausa que yo aprovecho para preguntarle qué enseñanzas de Jesús pueden ayudarnos a enfrentar las crisis sociales durante la Navidad.

Mueve sus manos y contesta con rapidez: "Todo se resume en dos mandamientos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Pero para amar a Dios plenamente, primero debemos aprender a amarnos a nosotros mismos, aceptándonos tal como somos. Esto implica reconocer nuestra dignidad y responder con gratitud al amor que Dios nos ha dado.

Amar a Dios y a nosotros mismos conlleva la responsabilidad de vivir con propósito y dirección, de encontrar sentido a nuestra existencia. Solo cuando nos aceptamos y respondemos a ese amor divino con plenitud, estaremos verdaderamente preparados para amar a los demás con autenticidad y generosidad".

Para concluir la entrevista, le pregunto cómo cree que los jóvenes deberían vivir la Navidad. Con una sonrisa apacible y una mirada cargada de reflexión, me responde: "Con mayor sencillez y gratitud".

Hace una breve pausa, como buscando las palabras adecuadas y continúa:

"Hoy en día, los jóvenes, y en realidad todos nosotros, hemos materializado la Navidad hasta el punto de reducirla a algo superficial. La hemos transformado en una excusa para celebrar fiestas, consumir bebidas y dar

regalos. Aunque estas cosas pueden tener su lugar dentro de las tradiciones, no son, ni deberían ser, el centro de la celebración”.

Su tono se vuelve más enfático al añadir: “La Navidad es, ante todo, el cumpleaños de Jesús. Sin embargo, hemos llegado a celebrar este día olvidándonos del cumpleaños, quien es el verdadero motivo de la fiesta. Es como organizar un cumpleaños y dejar al homenajeado de lado, convirtiéndolo en un simple pretexto para nuestra diversión. ¿Qué sentido tiene el cumpleaños sin el cumpleaños? Cuando el foco se pone en los adornos, los regalos y las reuniones, perdemos de vista la esencia de lo que estamos celebrando: el nacimiento del Salvador”.

Con voz serena, concluye:

“Los jóvenes, y todos nosotros, debemos recordar que la Navidad es una invitación a mirar más allá de lo material, a volver al pesebre con un corazón sencillo y agradecido, reconociendo a Cristo como el centro de todo. Solo así podemos vivirla plenamente, como un tiempo de amor, esperanza y renovación espiritual, devolviendo a Jesús el lugar que le corresponde en nuestras vidas”.

La entrevista llega a su término. El padre, con la misma cordialidad que impregnó nuestra conversación, me acompaña hasta la salida del seminario. Nos despedimos con un apretón de manos firme y una sonrisa que refleja la profundidad de lo compartido. Mientras tomo el camino de regreso a Quito, sus palabras permanecen conmigo, grabadas como un eco persistente:

“La Navidad es devolverle a Cristo el lugar central en nuestras vidas, haciendo de nuestros corazones un pesebre donde Él pueda habitar.”

Mientras avanzo por la carretera, reflexiono sobre el poder transformador de este mensaje, un llamado a redescubrir el verdadero sentido de la Navidad y a vivirla con propósito y autenticidad.

## RESEÑA DE LA AUTORA

Dorys Rueda  
Otavalo, 1961



Es investigadora, docente y escritora ecuatoriana.

Licenciada en Letras y Castellano, cuenta con dos maestrías: en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana, y en Literatura Infantil y Juvenil. Además, posee una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto, así como un diplomado en Currículum.

Es fundadora y directora del sitio web *El Mundo de la Reflexión*, creado en 2013 para fomentar la lectura y la escritura, divulgar la narratología oral del Ecuador y recolectar reflexiones de estudiantes y docentes sobre diversos temas.

Entre sus publicaciones destacan los libros: *Lengua 1 Bachillerato* (2009); *Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo* (2021); *Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo* (2021); *11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español-inglés* (2022); *Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador* (2023); *12 Voces Femeninas de Otavalo* (2024); *Leyendas del Ecuador para niños* (2025); *Entre Versos y Líneas* (2025); *Reflexiones* (2025); *Cuentos de sueños y sombras* (2025); y *Entrevistas* (2025).

Desde 2020, ha reunido a autores ecuatorianos para que la acompañen en la creación de libros, dando origen a textos culturales colaborativos en los que la autora comparte su visión con otros escritores. Entre estas obras se encuentran: *Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo* (tomo 1, 2022; tomo 2, 2024; tomo 3, 2024); *Leyendas y Versos de Otavalo* (2024); *Rincones de Otavalo, leyendas y poemas* (2024); e *Historias para recordar* (2025).

A lo largo de su trayectoria, ha sido reconocida por su valioso aporte al ámbito cultural, literario y educativo. En 2021, el Municipio de Otavalo le otorgó un reconocimiento por su contribución al desarrollo cultural de la ciudad. En 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas más destacadas por su trayectoria; ese mismo año, recibió una placa conmemorativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo de Imbabura, en homenaje a su legado en la literatura y la docencia. Asimismo, ha sido merecedora de dos medallas al “Mérito Cultural” otorgadas por la Cámara de Comercio de Otavalo, en los años 2024 y 2025.

